de verdad no es tan impenetrable el secreto, y en sus obras, y en la de su enemigo el disfrazado Avellaneda, podemos encontrar materiales, por lo menos, para conjeturas mas bien fundadas que las que se han hecho hasta ahora. Partimos de un dato cierto, y es, que en 1605 vivia con Cervantes una jóven, que se declara su *hija natural* y que podria tener veinte años más ó menos; de modo que su nacimiento corresponde á aquella época en que Cervantes concluia el período aventurero de su vida, la época de su vida activa de ilusiones y de empresas: la época por decirlo así, *quijotesca*, tomando esta espresion en su verdadero significado. Hácia 1584 cuelga su yelmo y su espada, diciendo, tal vez, como Cervino de las armas de Roldan:

«Nadie las mueva,
Que estar no pueda
Con Roldan á prueba.»

Entonces vive en la córte ó muy cercano á ella, de una manera completamente opuesta á la de su vida anterior, sentado el pie, y podemos decir, en tranquilidad de espíritu. Sin embargo, al poco tiempo abandona la córte, se separa de su familia y se encamina á Andalucía, ignoramos si directamente ó despues de haber recorrido otras poblaciones. Conviene tener muy en vista estos preliminares y antecedentes para entender y conciliar algunos datos que nos han quedado en sus obras, y

particularmente en su diálogo de Scipion y Berganza, composicion, que mas que novela, es una narracion disfrazada de varios sucesos en que tuvo parte y como una especie de memorias de su vida. Entre aquellos y estas los más notables y *memorables* por confesion propia, son los conjuros del titerero ó *salta-en-banco* que en dicha narracion se introduce con el perro historiador y parlante. Que los conjuros se referian á sucesos verdaderos y de honda huella en el pecho de Cervantes, se deduce de la mencion del bachiller *Pasillas*, que no es otro que el bachiller Paz, su grande y encarnizado enemigo. Es, pues, evidente, que el mismo grado de relacion y el mismo carácter de verdaderos é históricos tienen los demás, entre los cuales se lee el siguiente: «Salta por doña *Pimpinela de Plafagonia*, compañera de la moza gallega que servia en el meson de *Valdeastillas*.» ¿Y quién es esta doña Pimpinela, y por qué menciona aquí Cervantes el meson de un lugar tan humilde como Valdeastillas? Con meditar un poco en esto, se vendrá en que el interés de este pasaje era puramente personal, y solo estando al cabo del artificio y significacion de los personajes de tan misteriosa produccion, como lo es la de los perros Mahudes, podria comprenderse por qué evoca en forma de conjuro esta circunstancia y estos nombres. Pimpinela es nombre aplicado á una mujer, á quien ocurrió ó tuvo parte en alguno de esos su-

cesos estraños, estraordinarios y maravilosos como lo indica el adjunto de Paflagonia. Sabido es, que los escritores tomaron siempre esta nacion como semi-fabuleso y en el sentido en que hoy el vulgo sustituye la *Isla de Jauja*. Paflagonia como lo dan á entender sus renombradas perdices, era un territorio en donde las leyes naturales parece que estaban invertidas, y los séres vivian y se procreaban fuera del órden comun, saliendo los peces de la tierra, los cuadrúpedos de la mar y ocurriendo otros fenómenos análogos. Es cuanto se puede penetrar en la intencion de Cervantes al usar de este estraño nombre, y por lo demás, la referida Pimpinela bien claramente nos dice que estuvo en el meson de Valdeastillas, como criada ó compañera de otra moza que en él servia. Todo esto, que es vago y casi ininteligible, recibe más contorno y luz mediante á su confrontacion con un pasaje del Quijote de Avellaneda, el cual despues de haber concluido la novela y á manera de apéndice, escribe el estraño y significativo pasaje que á la letra dice así: «Pero como tarde la locura se cura, dicen que en saliendo de la córte, volvió á su tema, (el hidalgo) y que comprando otro mejor caballo, se fue la vuelta de Castilla la Vieja, en la cual le sucedieron estupendas y jamás oidas aventuras, llevando por escudero (nótese bien) *á una moza de soldada* que halló junto á Torrelodones, vestida de hombre, la cual iba huyendo de su amo,

porque en su casa se hizo ó la hicieron embarazada sin pensarlo ella, si bien no sin dar cumplida causa para ello; y con el temor se iba por el mundo. Llevóla el caballero sin saber que fuese mujer, hasta que vino á parir en medio de un camino, en presencia suya, dejándole *sumamente maravillado el parto*, y haciendo grandísimas quimeras sobre él: la encomendó, HASTA QUE VOLVIESE, á un *mesonero de Valdeastillas*, y él sin escudero pasó por Salamanca, Avila y Valladolid, llamándose el Caballero de los Trabajos, los cuales no faltará mejor pluma que los celebre.»

Lo primero que hemos de observar acerca de este notable párrafo, es, que el autor no habla del personaje ficticio, del héroe loco, cuya historia ha concluido, sino con Cervantes á quien ha dirigido bien marcadas alusiones en el discurso de su obra, y especialmente aprovechando los prólogos y otros lugares y oportunidades. Obsérvese, ademas, que el hecho en sí nada tiene que ver con el género de locura, por medio del cual ha puesto en ridículo á Don Quijote. Aquí el caballero no es parte activa, ni el tal suceso le hace trasfigurar las cosas, ni obrar como era propio de su héroe ficticio. Antes al contrario, el *caballero* toma la resolucion mas discreta, la única que podia tomar el hombre de más seso y juicio, cual era la de llevar á aquella desgraciada al meson más cercano que en el camino hubiese y *encomendarla al mesonero hasta que*

volviese. Este meson fue el de *Valdeastillas*, y aquí tenemos un precioso dato para confrontar y unificar el sugeto de ambas menciones, la de Cervantes y la de Avellaneda. Ambos hablan de una mujer, que estaba en el meson de *Valdeastillas*. Avellaneda dice que era *moza de soldada*, que halló en Torrelodones, huyendo en hábito de hombre, por la causa que menciona, que podrá ser ó no ser la verdadera, y en esto es en lo que pudo hacer su oficio su enemistad y maledicencia. Cervantes, al hablar de esta mujer, no da á entender que fuese *moza de soldada*, pues en tal caso hubiese dicho *moza del meson de Valdeastillas*, y no buscar el rodeo de decir que era *compañera* de la que servia en dicho meson. Por lo demás, el mismo Cervantes compuso una historia verosímil en la ilustre fregona, en que se ve á una doncella de elevada familia, sirviendo en Toledo en la posada del Sevillano, y compañera tambien de una *moza gallega*, como lo era la Argüello. Costanza, que es la heroina de esta novela, fue asimismo *encomendada* al *mesonero*, como lo seria la hija de la fugitiva, y como lo fue esta misma. En resolucion, cualquiera que fuese su linaje y categoría, es indudable que Cervantes en los perros Mahudes, y Avellaneda en el final de su novela, se refieren *á una misma persona*, que vivia ó servia ó fue encomendada á un mesonero de *Valdeastillas*. Esta persona fue llamada por Cervantes doña Pimpinela de

Paflagonia, nombre festivo que, conociendo ya algo de la historia de esta mujer, se comprende por qué la llamó de Paflagonia, pues realmente si estaba en hábito de hombre, y de improviso le asaltó el parto en un camino, el suceso era ó parecia tan extraño como los que se imaginaban de esta nacion fabulosa; lo cual es muy del genio de Cervantes, que en el nombre recordaba y comprendia toda la historia de un suceso ciertamente extraño y contra el órden comun.

Pero sigamos adelante en este exámen. ¿Cuándo tuvo esto lugar? Avellaneda, que estaba muy al cabo de los sucesos de Cervantes, y sabia bien qué papel y qué importancia y relacion tenia el héroe Don Quijote con su genuino autor, coloca este suceso despues de sus aventuras, cuando ya habia *sentado el pié* en la córte, y disgustado de ella, ó por un repentino cambio, volvia á su antiguo tema, que era la vida errante. Ahora bien, el período de las aventuras que virtualmente se envuelven en la sátira del *Quijote*, fue desde la salida de Cervantes de España, hasta su primer recogimiento en la córte. Cervantes, sin duda, llamaba á este espacio de tiempo *su salida por el mundo en busca de aventuras*, y lo repetia así en conversacion familiar entre sus amigos, y acaso del carácter mismo de su fisonomía y complexion y de lo prominente de sus quijadas, se llamaba Don Quijote, y era este nombre famoso en ciertos

círculos, y se sabia de él y de lo que significaba entre ciertas personas, pues de otro modo no se explica que Andrés Perez le llamase *famoso* en 1604, ni que Lope de Vega hablase de él en esta época en tono despreciativo, en ocasion en que escribia rebajando á Cervantes. La parte de realidad que la idea ó el personaje tuviese, era, en suma, conocida de Avellaneda: y para éste, como para su ilustre competidor, la primera salida de Don Quijote y série de aventuras, simbolizaba la primera salida de Cervantes en busca de empresas. Por lo tanto, el fijar la época del suceso de doña Pimpinela, despues que salió de la córte y volvió á su tema, esto es, en 1586, en que Cervantes sale de Madrid y vuelve á su vida inquieta y errante, coincide perfectamente con la edad que, á vivir la criatura encomendada al mesonero, tendria en 1605; esto es, veinte años poco mas ó menos, que es la edad declarada en esta época por la jóven, que con el nombre de Isabel, y llamándose hija natural, vivia en Valladolid en compañía de Cervantes.

¿Seria esta Isabel la que nació en el campo yendo su madre en hábito de varon y en clase de paje, criado ó escudero de Cervantes? Nótese que Avellaneda indica que el caballero prometió *volver por ella*, y es muy posible que al volver Cervantes por *Valdeastillas*, recogiese y llevase consigo solo á la hija, habiendo desaparecido la madre, siguiendo su vida aventurera ó hallando al amante

que la desamparó. Este es, sin duda, un caso extraordinario; pero, como dice nuestro novelista en algun pasaje, la realidad es mas extraña que la ficcion. En aquella época eran muy frecuentes estos lances y sucesos, y Cervantes, que pintaba la sociedad de su tiempo, nos ha dejado mil pinturas de jóvenes llevadas, por su desgracia ó indiscrecion, al término de huir de la casa de sus padres, vestidas de hombre, para ocultar su deshonra. Dorotea huye en trage de varon despues de ser engañada por don Fernando. Teodosia huye en trage de varon, olvidada por Marco Antonio, y se refugia en el meson de Castilblanco. Feliciana de la Voz, huye tambien de la casa de sus padres, y si no lleva este trage, es por haberle faltado el tiempo aun para considerar lo que hacia. Un suceso análogo pudo acontecer en las varias peregrinaciones de nuestro escritor, por sendas y caminos, en los cuales siempre llueven aventuras y lances de este género, y mucho más en la época de que hablamos. Es de suponer que esta mujer fue de familia noble, pues en la condicion de *moza de soldada* que la pone Avellaneda, no tendria tanto interés en no ser conocida, ni de serlo habia de esperar mas daño que el causado. Tal vez desapareció y dejó en el meson el fruto de su extravío. Cervantes, cuya condicion era *tomar sobre sí cuidados agenos*, tomó á su cargo el cuidado de la niña abandonada, y no sabiendo quienes eran sus padres, ¿es im-

probable que le diese el nombre de hija, y que pasase como hija natural suya, á trueque de hacer notorio el suceso de su nacimiento?

Estas son las fundadas congeturas que nacen de la confrontacion de dos pasajes en Cervantes y Avellaneda, los cuales se refieren á un suceso mismo y á unos mismos personajes. La novela de *La Ilustre Fregona* quizá sea compuesta con materiales de esta historia verdadera. En esta extraña y misteriosa aventura, que Cervantes juzgó digna de recordacion de la manera que hemos visto, su papel no es otro que el de caballero que protege á una mujer desvalida y desgraciada: es, en realidad, un caballero andante, y no podemos decir que sea cuento de sus amores, porque ni él es el galan, ni se sabe de cierto que la hermosura de la dama le cautivase y aprisionase desde entonces en la amorosa red. Si algun otro indicio existe del rendimiento de su corazon á una belleza, sin duda le encontraremos en la novela de *La Española inglesa*, cuento que formó de un acontecimiento verdadero. Por ella podríase congeturar que Cervantes fue apasionado de una prima de la heroina Isabel que luego tomó el velo en el ya citado monasterio de Santa Paula. Ignórase el nombre, pero celebra mucho su habilidad en el canto, segun se ha indicado ya en otro lugar al hablar de la noticia que se lee en el Diccionario de Madoz. El autor de ella no creemos que posea mas datos que

este pasaje de la novela, y el dicho pasaje, si bien muestra que la monja cantora no era indiferente para Cervantes, no es suficiente para afirmar: que el monasterio encerraba la mujer *que más habia amado en el mundo.*

Esto es lo que se sabe, ó al menos puede presumirse con algun motivo, acerca de las afecciones de Cervantes, el cual demuestra, por otra parte haber sido grande admirador de la belleza, galan en extremo, cortés en demasía y rendido á su dominio en su doble cualidad de caballero y de poeta. Probablemente nos dejó en algunas de sus historias de amores, huellas de las afecciones del corazon como las hallamos de las de su espíritu; pero aun estan para nosotros encerradas en las profundidades del misterio, excepto la de algun lance amoroso que parece recordar en el *Viaje del Parnaso*, cuando dice, de un mancebo que en Nápoles se arrojó á sus brazos:

«Llamóme padre y yo llaméle hijo,
Quedó con esto la verdad en punto,
Que aquí puede llamarse punto fijo.»

si bien no hay aquí razon para que deje de considerarse que habla aquí de parantesco espiritual. Sospechas tengo de que este mancebo llamado *Promontorio* ó el otro mancebo cuelli-erguido que se le queja de no ponerle en la lista de los poetas, sea el corcovado Juan Ruiz de Alarcon.

CAPITULO XX.

Nueva visita á Andalucía.—Conocimiento con Ruiz de Alarcon.—El *Quijote* en las altas rsgiones.—Regreso de Cervantes á Madrid.

En 1606 volvemos á encontrarnos á Cervantes en su predilecta capital de Andalucía, pues no es posible negar que la carta á Astudillo, describiendo la fiesta campestre y torneo burlesco celebrado en las alturas de San Juan de Alfarache ó Aznalfarache, pertenezca á otra pluma que á la del autor del *Quijote*. Tal vez los conocimientos adquiridos en capitales como Madrid y Sevilla, las mas importantes en aquella época, le proporcionaron agencias de negocios de personas principales, con cuyo medio podia subvenir á las necesidades de su familia. En esta ocasion hubo de conocer y encaminar por la senda del buen gusto, al entonces joven y lleno de esperanzas, y mas tarde gloria de nuestro teatro, el insigne escritor mejicano don Juan Ruiz de Alarcon. Esta y otras curiosas noticias referentes á esta época, se deben al señor don Luis Fernandez Guerra, autor de una biogra-

fía de tan notable escritor dramático, que merece los mayores elogios, y no seré yo el que se los escatime. Paréceme una obra acabada en su género y mucho fuera de desear que de todos nuestros famosos escritores del dorado siglo se hiciesen trabajos biográficos, que ya que no le igualasen, le tomasen por modelo para acercarse á la perfeccion. Materiales hay en nuestros archivos y bibliotecas públicas y particulares, y bueno es que se fije la atencion de tantos escritores como en España abundan que emplean su tiempo en pequeñeces y miserias de nuestra época, teniendo tantas grandezas y glorias en las pasadas. Milton, hastiado de la mezquindad de los hombres y las cosas de su época, se remontó nada menos que á escribir de Adan y Eva. Nosotros no tenemos que ir tan atrás.

Parecia natural, que si Cervantes como soldado, habia visto cerradas las puertas de su fortuna, como literato se las abriese la obra que tan buen acogimiento halló en el público. El *Quijote* bastaba para que se hubiese fijado en él la atencion, aunque fuese el hombre mas oscuro. Sin embargo, no fue así. Dominó en la córte la antigua indiferencia, pues siempre habia de suceder, á pesar del cambio de monarca, que los que andaban en derredor del nuevo, fuesen guiados por el mismo espíritu y diametralmente opuestos á aquellos méritos que brillaban en Cervantes. En efecto, Cervan-

tes y los cortesanos jamás pudieron encontrarse en un camino. Tampoco la acogida que halló su produccion es bastante motivo para creer que este aplauso llegó hasta las altas regiones, y que el Quijote fue muy celebrado por la sociedad que llamamos escogida é ilustrada. Todo lo contrario. La venta de ejemplares y el número de ediciones nos dirá á lo más, que fue muy leido por el público; pero este público, en su mayor parte, era el vulgo y los literatos: el uno por su aficion á obras de pasatiempo, y los otros por curiosidad y aun necesidad de dar su parecer favorable ó adverso. En una palabra: el *Quijote* no pasó de las antesalas, si hemos de interpretar con acierto la indicacion que hace Cervantes en su plática con el bachiller, y si algun eco llegó á los estrados fue molesto para los oidos de los señores, quienes tomarian lenguas acerca de él por conducto y por intermedio de personas á quienes siempre debió parecer Sancho demasiado ladino y Don Quijote demasiadamente franco. Entre ciertas gentes su locura no era un pasaporte para todo, y si el cura era de opinion que por loco le habian de absolver los jueces, aunque hiciese los mayores disparates, otros colegas suyos no participaban de la opinion del Licenciado. Y gracias que como decia su compadre, el *Quijote* necesitaba de comento para entenderlo.

El hecho es que Cervantes no tuvo que gozar *aura popular*, que hoy decimos, ni se le abrieron

de par en par los salones, ni recibió felicitaciones de poderosos, ni menos acompañó á la córte en su traslacion á Madrid: prueba inequívoca de lo mal seguro que estaba el Quijote de servir de mérito y precedente para ningun adelantamiento en su fortuna.

Lejos de eso vemos á Cervantes el año 1606 de nuevo en la capital de Andalucía, á donde se cree le llevaron comisiones particulares, puesto que en ningun archivo ni escribanía se ha hallado documento referente á esta su estancia en Sevilla. De ella nos da testimonio la ya referida carta escrita á su amigo Lopez de Astudillo, en que con admirable donaire y ligero estilo le refiere una gira de campo hecha al pintoresco pueblo de San Juan de Aznafarache, que sobre una colina descuella sobre la márgen del Guadalquivir á media legua hácia el poniente de la ciudad. Cervantes fue del número de esta alegre compañía de literatos y caballeros de quienes describe los juegos, trages y pasatiempos aplicando á cada uno sus motes y llenando su narracion de mil festivas ocurrencias. Aquí volvió á renovar sus amistades con sus antiguos colegas en la profesion de las letras y á adquirir otras nuevas por la nueva estimacion que le daba la reciente muestra de su fecundo ingenio, pues en las provincias no llega á ser tanta la fuerza de los celos y envidias que hormiguean en la córte.

Sin embargo, no fue en esta ocasion muy larga su permanencia en esta capital, pues ya á mediados de 1608 le hallamos en Madrid, á donde le llevaron, ó bien asuntos de su amigo don Hernando de Toledo, señor de Cigales, cuyos negocios habia administrado, ó bien con la correccion del nuevo estampado de la primera parte del *Quijote*, que determinó hacer y hizo en efecto el mismo impresor Juan de la Cuesta. En esta edicion, que es la generalmente preferida, quitó, añadió y enmendó Cervantes algunos pasajes y corrigió algunas erratas, sin que por eso se pueda decir que saliese bien purgada de defectos de imprenta. Una de las variaciones mas notables fue echada en el capítulo que trata de la penitencia de Don Quijote en Sierra Morena: variacion que indica cuán lejos estaban de poder concordarse las preocupaciones y el genio en el modo de caracterizar á un loco.

Esta fue la última espedicion que Cervantes hizo en España. Desde 1606 fijó casi definitivamente su residencia en Madrid, volviendo á lo que el llamaba su *ociosidad antigua* que fue consagrarse á ser *Musis amicus, Musarum sacerdos*. Contaba ya en esta época mas de sesenta años, edad que por grande que fuese su energía y fuerza física, llamaba ya al reposo del cuerpo y á cultivar con mas ahinco el campo de su entendimiento, *madurado con los años*. Tomó entonces una vivienda en

la calle de la Magdalena, á espaldas segun parece, de la que habitó la Duquesa de Pastrana, y allí reunido con su hija adoptiva doña Isabel, su hermana mayor doña Andrea, una hija del primer matrimonio de ésta llamada doña Constanza de Ovando y doña Magdalena de Sotomayor, á quien tambien llamaba hermana, comenzó el período mas activo y fecundo de su vida literaria, puesto que no contaba con otro medio de subsistencia sino el de su pluma. La buena acogida de la primera parte de su poema debió muy luego impulsarle á seguir la narracion de las aventuras, y aunque las concluyó al parecer, dejando al hidalgo en el retiro de su aldea, no le habia quebrado ninguna pierna para no volverle á sacar nuevamente caballero por el campo de Montiel, ni la invencion de Cervantes podia haberse agotado en el primer libro siendo este asunto tan apropiado á la naturaleza de su ingenio ni á las diversas y numerosas aventuras de su vida. Es más, que ningun autor, y mucho menos Cervantes, deja de conservar mas tela de la necesaria para el corte de un asunto que domina, como dominó nuestro autor el del ingenioso hidalgo; antes al contrario, siempre le quedan numerosos materiales que no pudo acomodar ó introducir en la estructura de su primer trabajo. Veia Cervantes que el público era muy aficionado á sus héroes y que pedia embestidas de Don Quijote y refranes de Sancho, y ha-

llándose impregnada su mente en aquella concepcion, era inevitable que produjese un nuevo fruto del mismo género y mas acabado si era posible, porque caminaba con mas esperiencia y con nuevas y mas profundas meditaciones.

CAPITULO XXI.

Las novelas ejemplares.—Observaciones sobre esta coleccion.—El conde de Lemos.—Los Argensolas.—Conducta de Cervantes.—Opinion de célebres escritores.

Mientras se ocupaba en cantar *con mejor plectro* otras hazañas y locuras de un *hombre honrado*, acometia otros trabajos de diversa índole. El ingenio de Cervantes era tan colosal y universal que no habia género de composicion que estuviese fuera de su alcance y que no intentase, por la mayor parte, con admirable éxito. Desde el poema hasta el romance y la ligera copla; desde la tragedia al entremés, Cervantes probó sus fuerzas en todas las formas de composicion. Pero en la que rayó á una altura prodigiosa fue en la novela. En sus viajes por Italia habia tenido ocasion de observar la grande acogida y el gusto con que el público leia los cuentos ó breves historias de Bocacio, aunque poco morales en su fondo, pero adaptadas para satisfacer la curiosidad y el deseo de variedad en los lectores. Timoneda habia ya hecho

una publicacion por el estilo en su *Patrañuelo*, que era gustada por el público. Veia Cervantes, que entre seguir locamente á la fantasía y escribir puras ficciones como las de los libros caballerescos, ó narrar los hechos singulares de verdaderos héroes, de grandes figuras de la historia, habia un término medio, que era tomar argumentos del fuego de los sentimientos y pasiones en la vida social y en su esfera mas general y dilatada, y presentar sencillas pero interesantes situaciones dramáticas, sabiendo prestar al fondo la importancia que en otros casos suplican la posicion y categoría de los personajes; tomando para valernos de una imágen, simple barro é infundiéndole belleza y vida con la mágia del ingenio. Esto es lo que intentó Cervantes y esto fue lo que consiguió abriendo una nueva via, por donde ninguno ha recogido mas abundante fruto. A pesar de lo que se ha dicho en contrario, nos parece que tuvo razon al afirmar que él era el primero que habia novelado en la lengua española, entendiendo Cervantes, como gran maestro, que sus composiciones eran las que correspondian por su forma y fondo á esta denominacion, y si miramos á los asuntos y á las personas que en sus cuadros intervienen, se observará que todos ellos son sucesos de los que entran en la clase y categoría de *nuevas* que hoy llenan las crónicas y gacetillas de los periódicos, contados con toda la rapidez nece-

saria para que aparezcan como pequeños dramas ó comedias, segun el asunto es trágico ó cómico. En efecto, todos son sucesos que en el curso de la vida ordinaria tienen lugar, y que Cervantes ha sabido embellecer, dando interés general á argumentos por su naturaleza familiares y comunes, en que actúan personas privadas y aun de la mas humilde esfera. Asi lo vemos en la *Tia Fingida*, que fue en nuestro concepto la primera que compuso. Asi se observa en el *Celoso Estremeño*, en que es notable la llaneza de los personajes; en la *Fuerza de la sangre*, en la *Gitanilla*, en la *Ilustre fregona*, en el *Curioso impertinente*, en el *Rinconete y Cortadillo* y en la *Española Inglesa*, notándose como en todas insiste en declarar, que los personajes vivian, y que los sucesos narrados habian sido verdaderos.

En el espacio de cerca de treinta años, escribió Cervantes las trece novelas que resolvió dedicar á don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos: prueba evidente de que componia con pies de plomo, alternando en sus tareas, y no poniendo en prensa su ingenio á la manera de Lope, que en veinte y cuatro horas compuso mas de una vez una comedia, para que durase otras veinte y cuatro, *ut accidit*. Consecuencia de esta variacion y espacio en el trabajo es que las ideas se refresquen y vuelvan con nueva lozanía, y que se sujete un mismo asunto á diferentes modos de ver del au-

tor, segun el humor y el temperamento de cada dia, lo que no tiene lugar cuando se fuerza al ingenio, por fecundo que sea, á que destile y dé vueltas sin cesar como una máquina. Quizás, y aun sin quizás, lo que escribió Cervantes mas de priesa fueron las comedias que contrató con el autor Rodrigo Osorio; y quizás, y aun sin quizás, se arrepintiera de haber puesto plazo á la invencion de su ingenio.

Es probable que la última novela que compuso fuese la de la *Gitanilla*, que no sin razon consideran algunos la mejor de todas. Hallóse Cervantes con esa preciosa coleccion de cuadros sociales, verdaderos dramas para el teatro del retiro de los lectores, y era natural que pensase en dirigirlas á una persona ilustrada, que supiese apreciar el obsequio, y correspondiese de otra manera mas noble que acertó á hacerlo el mezquino duque de Béjar. Cervantes habia tenido la desgracia de perder á su hermana doña Andrea, á quien tanto amaba, y con la cual, y su ayuda en el seno del hogar doméstico, le seria más llevadera su corta suerte. Este accidente, que tuvo lugar en 1609, debió ser muy sesible para su corazon, y tal vez interrumpió sus tareas por algun tiempo; pero esto mismo le obligaria á apresurar la publicacion de algunas de sus obras, con ánimo de ofrecerlas al que entonces, con más justicia que el duque de Béjar, merecia el título de Mecenas de su siglo.

Era éste el ya mencionado conde de Lemos, verdadera lumbrera de nuestra nobleza y de nuestra literatura; hombre celosísimo, como cristiano, espléndido y magnífico como noble, recto como juez, templado y misericordioso en el ejercicio de su autoridad, que la tuvo, y muy omnímoda, en sus vireinatos en las Indias y en Nápoles, cultivador de las artes, amigo de los hombres de saber, enamorado de los virtuosos y modestos, sostén y apoyo de los pobres, y finalmente adornado con todas las prendas que sientan bien en los grandes y caballeros. Escribió varias comedias que corrian en grande estimacion entre los literatos; especialmente la que intituló *La Casa Confusa*, que fue representada con gran éxito, asistiendo la córte al espectáculo. Favoreció á los ingenios, honró á sus maestros, estableció academias; y sin descuidar sus graves obligaciones, las prácticas religiosas y el buen órden y direccion de su casa, gobernada más por su ejemplo que por sus órdenes, supo encontrar espacio para honestos pasatiempos y para cultivar el trato con infinitas personas que gustaban de su discrecion, y más que todo de la singular modestia que daba mayor realce á todas sus virtudes.

Bien seguro es, que si Cervantes no hubiese tenido amigos oficiosos, á más de sus enemigos encubiertos, hubiera ocupado uno de los puestos que con tanta discrecion quiso confiar el conde á los

hombres de distinguido mérito, cuando en 1610 fue nombrado virey de Nápoles. Nuestro escritor vivia oscuro y retirado en su oscura y *lóbrega posada*, en donde costaba tiempo y trabajo á la virtud para salir por los resquicios de su estrechez y hacerse notoria, como despues se hizo, á despecho de sus detractores, á los ojos del conde de Lemos. Nombró éste por su secretario á Lupercio de Argensola, á quien rogó que llevase consigo á su hermano Leonardo, y ambos fueron á Madrid para buscar y proponer los oficiales necesarios para la secretaría. Escogieron amigos suyos para estos cargos, y aunque Cervantes estaba con ellos en buena correspondencia, no fue del número de los agraciados; ya porque su amistad no era tan íntima como la de otros, ya porque lo avanzado de su edad no le permitia emprender tan largo viaje. Con todo esto, los Argensolas prometieron recomendarle eficazmente al conde de Lemos, jurándole, tal vez, como buenos clásicos, *por la laguna Estigia*, que no le echarian en olvido, y que pronto veria los efectos de su buena voluntad.

Quedó Cervantes con estas promesas algo esperanzado de alcanzar favor de un hombre que tanto lo prodigaba á los beneméritos, y aunque antes hubiera deseado hacer un obsequio digno á este ilustre magnate, tal vez le pareció escaso el número de las novelas que tenía compuestas para presentarlas al conde de Lemos, y es de creer que

pensase en aumentar la coleccion para hacer más digno presente y recordar de este modo á los Argensolas sus ofrecimientos. De todo esto nos da alguna, aunque confusa indicacion, el prólogo y la dedicatoria que puso á sus novelas, viéndose por estos documentos la nobleza de Cervantes y el ingenioso modo que tuvo para hacer conocer al conde, no solo sus méritos y servicios, sino la mala obra que alguno le hacia en Italia, á sus espaldas y en los oidos del virey. Nosotros no diremos que fuesen los Argensolas, ni que les comprenda la frase de *sotiles* y *almidonados*; Cervantes ya se habia quejado en la primera parte del *Quijote*, de su mortal y encarnizado *enemigo* que le habia puesto de mala figura á los ojos de la córte, y aquí en el prólogo de las novelas se vuelve á quejar de un *amigo* (expresion irónica), que le dejó en *blanco* y *sin figura*. Por una parte parece aludir á su antiguo adversario, cuando dice que se granjeó tal rivalidad, *antes con su condicion que con su ingenio*. Por otra, parece aludir á informes calumniosos, hechos al conde de Lemos por un *sotil* y *almidonado*. Nuestro sentir es, que por olvido y negligencia de los Argensolas, antes llegaron á los oidos del conde los dardos de la calumnia contra nuestre autor, que los ecos de la verdad, y que cuando estos amigos, movidos por nuevas instancias de Cervantes, quisieron realizar sus promesas, hallaron el ánimo del conde predispuesto en su

contra, costándoles mucho tiempo y trabajo destruir aquella prevencion. Aun concedemos más en honra de estos eminentes poetas, y es, suponer, que ellos participaron á Cervantes el estado del ánimo de su protector, con lo cual supo á qué atenerse y cómo presentar su obsequio, defendiéndose y justificándose con admirable delicadeza.

Vése, en efecto, cómo en la dedicatoria se muestra lejos de la adulacion servil, impropia de un escritor digno y que tiene conciencia, no solo de su valer, sino de la ilustracion de su Mecenas. Pasa en silencio las grandezas y títulos que ensalzaban su antigua y noble casa, y sus virtudes y méritos, dejando á los nuevos Fidias y Lisipos que busquen mármoles y bronces donde grabarlas y esculpirlas; y por otro lado no se humilla á suplicarle que reciba el libro bajo su tutela, osando decirle, que si él de por sí no es bueno, será impotente todo su prestigio y nombre para evitar el vituperio de los Zoilos. La conclusion de la dedicatoria da á entender cuanto espera de la muestra de este servicio, confiando en la opinion que formará el Conde, de quien ejercita su pluma y pone su entendimiento en miras tan nobles como la de acrecentar la buena enseñanza por medio de cuentos ejemplares que encaminan á la virtud á quien los leyere.

El prólogo de las novelas es una obra maestra

del ingenio de Cervantes. Quien con atencion lo leyere, observará lo dificultoso de las circunstancias en que su autor se hallaba, teniendo que *valerse de su pico* para decir verdades encubiertas, deshacer un error, y hacer entender por señas lo que no podia decir claramente. Nosotros nos hemos preguntado mas de una vez, por qué Cervantes habria puesto la introduccion que lleva, tan extraña y misteriosa, antes de venir al punto de tratar de las novelas. Supusimos que no sin causa habia hablado de su fisonomía así física como moral, y conociendo que Cervantes no careceria de graves motivos para este artificio, y que no acostumbraba á usar de palabras ociosas, procuramos investigar alguna parte de este misterio que no es otro que el ya apuntado. El prólogo es como una breve hoja de servicios puesta con su retrato descrito para confusion del que teniendo tantas alabanzas que decir de él, inventó calumnias, ó notó defectos de que no está libre el hombre mas superior. Con esto se ve de manifiesto, cuanta era la fuerza de la corriente de su desventura, pues en todas partes, en Argel como en Madrid, en Madrid como en Valladolid y en Valladolid como en Nápoles, se extendia la red de sus invisibles perseguidores. Gracias que el Conde de Lemos era un hombre superior; gracias que su corazon recto pudo al fin descubrir el valor y apreciar la virtud de Cervantes á través de las nubes con que pretendieron ocultársela. La

proteccion de este hombre ilustre fue espontánea, segun confesion del protegido, lo que prueba que un corazon virtuoso tiene la virtud misteriosa de reconocer á sus iguales.

Salieron á luz las novelas ejemplares en 1613, precedidas de la buena fama que ya habia adquirido la que intercaló en el *Quijote*, y de la reputacion que gozaban otras que corrian en manuscritos. ¿Qué diremos de este libro, de esta nueva invencion con que salió *en la plaza del mundo á los ojos de las gentes*? A nuestro modo de ver bastaba solo esta obra para levantar el nombre y fama de su autor al alto asiento de la inmortalidad. El público la devoró, que no la leyó, y muy luego fue necesario reimprimirlas. Su mismo rival, autor del falso *Don Quijote*; no pudo menos de confesar que eran buenas. Lope de Vega, que tambien se atrevió á novelar, cediendo á una tentacion, tuvo fortaleza para hacer un débil elogio, diciendo, que no faltó á Cervantes gracia y estilo en sus novelas. Tirso de Molina le llamó el *Bocacio de España*, se entiende en la consideracion y fama, pues en fin moral y en mérito artístico seria tal vez dudosa la intencion y equívoco el elogio. Gerónimo Salas de Barbadillo, fácil, elegante y fecundo escritor, decia, que Cervantes habia confirmado con esta obra, la justa estimacion que en España y fuera de ella se hacia de su claro ingenio, mostrando al mismo tiempo la fertilidad de la lengua

española á los que la culpaban de corta, siendo la cortedad solo de sus ingenios. Finalmente, por no extendernos en acumular elogios, que seria nunca acabar, diremos que el insigne y famoso novelista Walter Scott, decia que *Cervantes habia sido su maestro*, y que en todos los dias de su vida *no dejó de leer* sus novelas. Solo este hecho y estas palabras, proferidas dos siglos despues de escritas las novelas, por un ingenio tan celebrado, y que tan alto rayó en este género de composiciones, basta para honra de Cervantes y equivale á un libro lleno de elogios.

Y en efecto, ellas son tales, que han quedado únicas y solas en nuestra literatura, y no tienen paralelo en ninguna de las literaturas de Europa. El gran Calderon de la Barca, coloso del romanticismo, para hacer un elogio hiperbólico de amor novelesco le comparaba á los amores que pintó Cervantes, y para poner en su punto lo que era una novela extraña é interesante, recordó sus novelas, lo que muestra la admiracion en que las tenia. Los más fecundos ingenios, los más famosos escritores dramáticos hallaron en este pequeño, pero nutridísimo arsenal, donde tomar argumentos para sus composiciones. Lope de Vega, cuya fecundidad fue asombrosa, tomó de la *Ilustre Fregona* y del *Celoso*, asuntos para sus comedias. De la primera de estas se valió don Diego de Figueroa y Córdoba para una de sus composiciones.

José de Cañizares, hizo una comedia con el título de *La mas Ilustre Fregona*. Don Agustin Moreto arregló para el teatro El *Licenciado Vidriera*: Montalvan puso en escena el *Celoso Extremeño*, Castillo Solórzano y el famoso Guilen de Castro imitaron la intitulada *Fuerza de la Sangre*. Y no solo en España, sino fuera de ella, sirvieron sus argumentos á los grandes ingenios, viéndose infinitas obras calcadas sobre sus cuentos ó novelas, y descollando entre todos Nericault Destouches, que siguió á Cervantes, variando solo el estado civil de los personajes en su *Curioso Impertinente*.

CAPITULO XXII.

Variedad de juicios en los críticos. — Paralelo entre el *Curioso Impertinente* y *Rinconete y Cortadillo*. — El argumento del *Curioso*.

Al juzgar las novelas separadamente, es cuando más se observa lo únicas y especiales que son, pues ellas mismas se sirven de modelos y de materia para comparar sus méritos respectivos. Críticos hay que consideran *La Jitanilla* como la más acabada; otros, y entre ellos Florian, creen que la más perfecta es la intitulada, *Fuerza de la sangre*; otros dan la preferencia á *La ilustre fregona*, creyendo que en ella se muestra más espontáneamente la peculiaridad del genio del autor; los españoles, y entre estos los andaluces, no pueden ménos de admirar las dotes de perspicacia y la fuerza de colorido con que está trazado el cuadro de *Rinconete y Cortadillo*. Unos juzgan que el *Licenciado Vidriera* descuella entre todas por la extension de miras de su afinada sátira; estos consideran el *Coloquio de los perros*, como la obra más original en invencion, aunque no sea propiamen-

te novela, y por lo mismo, la más cervántica, pues la invencion fue la cualidad mas extraordinaria de este extraordinario escritor. Hay quien tiene á *La Tía fingida*, por un boceto hecho al vapor con el pincel de Teniers ó el lapiz de Goya, digno de ponerse al lado de los mejores cuadros. No falta quien juzga, que nada llega á la profundidad, transcendencia y conocimiento de las pasiones y del corazon humano que se muestran en el *Celoso extremeño*, y quienes colocan *El amante liberal*, *La española inglesa*, *La señora Cornelia* y *Las dos doncellas*, á un mismo nivel en movimiento dramático y sabor romántico inimitables, y muchos, en mi entender no descaminados, juzgan que el *Curioso impertinente* escede á todas, y es donde se muestra Cervantes á mayor altura. Lo cierto es, que cada una tiene sus bellezas peculiares, que en unas sobresalen la exacta pintura de las costumbres particulares, y son como especie de fotografías; que en otras descuellan el interés de los sucesos y la gracia de las narraciones, y en todas la crítica de los vicios y preocupaciones, el conocimiento de los efectos, el juego y lucha de las pasiones, y sobre todo, en todas despunta el arte admirable de pintar los caracteres humanos en toda su variedad con una verdad pasmosa, con un relieve admirable, porque solo nuestro novelista supo delinear y embeber muchas veces una personificacion completa en un solo toque, en una sola pincelada. La diferencia de

opiniones solo prueba, que cada novela, tomada separadamente, es una obra maestra.

No es de este lugar un análisis minucioso y concienzudo de estos doce trabajos del Hércules literario español, análisis que aun se está por hacer en nuestra patria y fuera de ella. Con todo diré algo, aunque sea poco, comenzando por observar la prodigiosa flexibilidad del genio de Cervantes mostrada en estos doce cuentos, que como mesa de trucos sacó en la plaza de nuestra república. Escojamos para notar esta universalidad y flexibilidad de su ingenio dos novelas que por su argumento, corte y estilo se diferencian notablemente, como son, *El Curioso* y *Rinconete*, ¿Qué punto de contacto hay en estos dos bellísimos cuadros si no es la maestría con que están ejecutados? ¿Quién pudiera decir que el mismo autor pudo llevar á tan alto grado la fuerza de generalizacion y extension de miras del uno, y el poder de individualizacion que se observa en el otro? En el *Curioso* todo tiene un interés universal; en *Rinconete* todo tiene un sello especial. El argumento de la primera novela es puramente humano, no reconoce distincion de edades, climas ni condiciones, y es además eminentemente dramático. El argumento de la segunda es hijo de una complexion particular, de un estado excepcional, de accidentes de lugar, de tiempo, de educacion, de organizacion civil y política: ni aun es puramente español, sino

que lleva el tinte de una localidad, y además es eminentemente cómico. En la una hay economía de personajes, sobriedad de medios externos; en la otra abundancia de actores, acumulacion de movimiento escénico. En la primera no hay descripciones, todo es pintura de afectos, anatomía del alma. En la segunda abundan los retratos, todo es delinear contornos y perfiles, todo es anatomía del cuerpo. En la una Cervantes es el filósofo, el trágico, el cosmopolita, el pintor de las grandes pasiones, el observador del corazon humano, el escritor de todos los tiempos, el conocedor de los más misteriosos y ocultos fenómenos psicológicos. En la otra Cervantes es el escritor cómico, el observador de las costumbrs, de los vicios, flaquezas y fealdades, el novelista español, el narrador ameno, el cronista festivo, el pintor caricaturesco, el Dickens de nuestra literatura, á quien no se esconde un detalle, ni se le oculta un cabello. En la una es el pincel de Miguel Angel trazando un grave asunto de interés social universal, en la otra es un miniaturista haciendo un retrato, un David Teniers fotografiando un especial reino en el mapa social. En el *Curioso* entra Cervantes desde luego en el argumento interno, en las pasiones del ánimo, en las borrascas del corazon. ¿Qué importan el rostro de Anselmo, la estatura de Lotario, la descripcion de Camila, ni cómo era la casa teatro del drama ni el traje de los ac-

tores? Nada hay en él que no tire expresamente al blanco. Entre tres séres y entre cuatro paredes, se basta su genio para ofrecer un gran cuadro en donde la personalidad se oscurece, los accidentes se eclipsan, lo particular, externo y analítico cede el lugar á lo universal, interno y sintético, y fuera de la institucion del matrimonio, estado civil en que coloca á los personajes, el argumento puede suponerse en cualquier época, en cualquier nacion, en cualquier sociedad compuesta de seres racionales. En *Rinconete* entra Cervantes distinguiendo prolijamente lugares, y acumulando descripciones. Todo es analítico y minucioso: los rostros, los trages, el lugar del nacimiento, las ocupaciones de cada uno, el lugar de la escena son cosas importantes. El miniaturista no olvida ni el color del mango de los cuchillos, ni la patria del vino que bebio la Pipota, ni los motes de cada personaje, ni aun el sexo y forma de sus uñas, que es hasta donde puede llegar el instinto del genio verdadero. La venta en que se encuentran los dos muchachos, ni aun es una de las muchas que se veian en los campos, sino la que estaba «puesta en los campos de Alcudia, *como vamos* de Castilla á Andalucía.» En el trage astroso distingue los alpargates del uno y los zapatos *picados y sin suelas* del otro, y hasta las hiladas de sus comisas, parece que puede contar el lector. Cada actor se muestra aquí con un relieve asombroso sin

confundirse, aunque todos son ladrones. Pinta á una vieja viciosa con llamarla *halduda*. Cada bravo es un tipo de diversa estofa y hasta los nombres suplen por las descripciones. Pero donde el arte llegó á su colmo, es en la estampa del disforme bárbaro Monipodio, cuya figura queda impresa entre tantas figuras estigmatizadas.

A más pudiera extenderse este exámen, si el miedo á una larga digresion no lo impidiese, y mucho más teniendo que decir algo de los asuntos ó sugetos de algunas novelas que se han creido copias de la de otros autores, como si el autor del *Quijote* tuviese necesidad de servirse de ageno plato. Pocos génios, segun los ingleses, han igualado en originalidad á Shakespeare, y sin embargo, no hay un drama de este escritor cuyo argumento sea invencion suya. Solo los españoles eruditos han querido quitar á nuestro Cervantes el mérito de la invencion, á aquel que escribió con verdad de si mismo:

> «Yo soy aquel que en la invencion excede
> A muchos.....»

y que fraguó sus obras en la oficina de su clarísimo entendimiento, sin robar ni hurtar á ninguno, porque con sus obras podian hartarse, como se han hartado, muchos ingenios.

El argumento de la del *Curioso*, dice Navarrete,

parece haberle tomado del Ariosto cuando en su *Orlando* pinta á un caballero que habiendo casado con una dama llena de honestidad, hermosura y discreccion, con quien vivió muchos años, la maga Melisa le aconsejó que para probar la virtud de su mujer, la diese libertad y ocasiones en que abusar de ella, fingiendo ausentarse, y que bebiendo despues en un vaso de oro, guarnecido de piedras, lleno de vino generoso, sabria si le habria sido fiel ó no; porque si lo era, lo beberia todo sin que nada se le derramase, y si lo contrario, se le verteria el licor sin aprovechar una gota.

Aquí flaquea la erudicion *curiosa*, pues el mismo Ariosto no fue el original inventor de estas *impertinentes* pruebas, segun hemos apuntado en otro lugar y dijimos en nuestro opúsculo sobre el *Quijote*. Estos argumentos, en cuanto á la idea que les sirve de base, que es la prueba de la fortaleza femenil, con perdon de Navarrete, no son de Ariosto ni de escritor alguno moderno, pues está harto enlazada con el más íntimo y vehemente deseo de la felicidad humana, para que no haya sido objeto de anteriores especulaciones, y para que no fuese familiar á un genio. Pero aunque así no fuera, tratándose del *Curioso impertinente*, parece impertinencia hablar, ni á sesgo, de plagios, cuando Cervantes excedió en originalidad á cuantos directa ó indirectamente han tratado de este asunto, fondo comun del arte más elevado. Todos

los héroes llevados por curiosidad y amor propio á la práctica de esta prueba, lo fueron en las obras de los antecesores, por instigacion maligna de otros, en quienes dominaban la envidia, el odio ó el interés, circunstancia que hacia sus cuadros un tanto inmorales; y los que así no proceden, se movieron por vanagloria ridícula, confiados en la firmeza de sus mujeres, temeridad loca que aumenta si es posible lo inmoral del cuento, y reduce su importancia á los ojos de la conciencia del marido. Cervantes solo estendió y ensanchó sus horizontes y le elevó y engrandeció, haciendo que el pensamiento se originase en el ánimo del marido, y desvaneció su tinte inmoral poniendo á Anselmo interesado en el secreto de la prueba y animado á intentarla por contar con la discreccion de un verdadero amigo. Anselmo cree en la virtud de Camila; pero no está completamente seguro de si es virtud á prueba. Aunque no cree lo bastante para no dudar, duda lo suficiente para no dar entera fe, y esta sombra de duda, muy propia en lo humano, es lo que le dispone á la tentativa sin vanagloria, sin jactancia, al propio tiempo que sin timidez: y esta distinta posicion y situacion del personaje es lo que eleva á su novela sobre los groseros cuentos de sus antecesores: de modo que no solo no toma Cervantes de Ariosto, que á su vez tomó de otros, sino que los deja á todos y toma por camino nuevo, teniendo el arte de dar ori-

ginalidad en sus manos y con su ingenio, á lo que podíamos llamar un argumento tan viejo como el de la manzana. Por lo menos le ofreció, á la continua, la esperiencia de la vida social desde que la civilizacion cristiana elevó á la mujer á compañera del hombre, é hizo indisoluble el matrimonio, y la caballería á custodia del honor.

Entonces se hizo posible el género de pensamiento ó problema que quiso resolver Anselmo para su tranquilidad y dicha (1).

Parece como que en esta novela trata Cervantes de desterrar el fundamento de las ideas exageradas del honor, que recientemente preocupó la presuncion hidalga de los españoles, creyendo que las pinturas de los libros románticos de caballería donde se mostraban doncellas andariegas, era posible en las condiciones creadas por la ciudad ó nueva vida social. Bien dá allí á entender con la libertad y en el *Celoso extremeño* con la opresion, que por todos los caminos se vá á la Roma de la flaqueza humana, cuando ésta se halla bajo el imperio de tentaciones poderosas. Colocar el brillo y lustre del honor en custodia de un ser que consideraba el hombre como inferior, y al cual pri-

(1) Referimos al lector al estenso tratado que hemos dedicado á este asunto, con el título de «Escuela del matrimonio, ó juicio del «Curioso impertinente,» cuya primera parte, ó sea la relativa á la historia del argumento fue impresa en 1878 en las columnas de *El Arte*, publicado en Sevilla.

vaba de educacion y de derecho, es la mayor de las sandeces en que ha incurrido el entendimiento humano. Bajo este punto de vista, la novela del *Curioso* es la mas importante y trascendental de todas las que salieron de su pluma; y bajo el concepto de que Anselmo es presa de una pasion de ánimo y quiere para sí propio la felicidad absoluta que Quijano queria para sus semejantes, tiene propio lugar y encaje en el *Quijote*.

CAPITULO XXIII.

El Licenciado Vidriera.—La Gitanilla.—La Española Inglesa.

Tambien es indicacion del mismo biógrafo, que el erudito Gaspar Barthio fue el modelo que Cervantes tuvo presente al componer su *Licenciado de vidrio*, fundado en que este escritor viajó mucho, aprendió mucho (sin poder digerir nada) y dió en la manía de creerse de cristal. Esta indicacion como nota ilustrativa y muestra de erudicion pudiera pasar; pero creer que Cervantes tomó á este maniaco por modelo, es juicio tan equivocado como el de suponer por original del *Quijote* al hidalgo entonado de Argamasilla. Esta clase de locura ó melancolía ha sido antes, como en nuestros tiempos, muy frecuente para que tuviese necesidad Cervantes de acogerse al caso particular de Barthio. Nuestro autor parecia muy enterado en esto de afecciones cerebrales, segun lo muestra en varias de sus obras, y sin ese ejemplar hubiera siempre delineado su héroe, pues no era el primero que

se habia creido de vidrio. Dado el fenómeno, y las causas generales que lo producen, principalmente la misantropía; el estudio ó las pasiones de ánimo, la determinacion del género de manía puede ser infinita. Unos se creen vegetales, otros minerales, otros convertidos en masa blanda, otros en roca impenetrable y asi por este órden las aprensiones se revelan en una variedad infinita. A Cervantes convenia para su intento que su mono-maniaco pareciese de entendimiento sútil y delicado y le presentó con la aprension de que era de vidrio, por el cual obra el alma con más prontitud y eficacia, que no por medio del cuerpo hecho de materia pesada y terrestre. Decir que Gaspar Barthio fue el modelo para Cervantes, equivale á asegurar que determinado individuo le sirvió de modelo, por ejemplo, para pintar los celos de Carrizales, como si esta pasion no hubiera sido hasta entonces fenómeno conocido.

El relato ofrecido en la *Gitanilla*, no por estraño que parezca, pudo dejar de ser histórico en todas sus partes y extremos, pues la raza de los gitanos, por querer del cielo, suele producir bellezas de mujeres ante la contemplacion de las cuales no está seguro de no hacer el sacrificio que Andrés hizo, el hombre mas discreto é independiente de los estragos de Cupido. En nuestros dias ha tenido lugar un suceso enteramente idéntico al que en *La Gitanilla* se refiere, entre una llamada *Esme-*

ralda y el escritor inglés Barrow, con la diferencia única de que esta *Esmeralda*, no poseia la constancia de *Preciosa* y causó la desdicha de su legítimo y amante esposo, el cual confesó públicamente, que á pesar de todo tenia abiertos sus brazos para recibirla, si olvidando á sus amantes volvia al hogar doméstico. Tanta poesia existe aun en el que llaman prosáico pueblo inglés.

No es posible dudar de que en esta novela se representa el autor bajo el personaje del mozo vestido de blanco que, huyendo de la justicia de la córte, iba camino de Cartagena para embarcarse en dicho puerto para Italia. A mas de la semejanza de caso que en su lugar se ha visto ocurrió á Cervantes en su juventud, se junta el decir Preciosa que le habia visto en Madrid como page, no de los ordinarios, sino de los favorecidos de algun príncipe y que le habia dado un romance muy bueno. Andrés viene á confirmar esta presuncion cuando le pregunta: «¿sois por ventura uno que yo he visto muchas veces en la corte entre page y caballero, qne tenia fama de ser gran poeta, uno que hizo un romance y un soneto á una gitanilla?» Las particulares señas y alabanzas que hace de este mozo, su liberalidad y buena gracia, y otros varios detalles que notará el lector en el largo relato á que da lugar el encuentro de este fugitivo poeta con el aduar de los gitanos, muestran no ser pura invencion, sino referencia á sucesos propios,

y esta es una de las causas del gran relieve, verdad y encanto que se advierte en las narraciones de Cervantes, pues en las mas de ellas pinta lo que ha visto y sentido. Por lo demás, juntando este relato desde el refugio del jóven en el convento de San Gerónimo de Madrid, con el que vemos narrado en la novela del *Licenciado Vidriera*, hasta que se embarca en Cartagena, tendremos una parte, no pequeña, del itinerario y peregrinacion probables de nuestro jóven poeta. Con mas ó menos extension, en casi todas sus obras en que intervienen aventuras, batallas y apresamientos, natural es que Cervantes se acordase antes de las suyas propias que de las agenas, y fácil es distinguir en donde aparece su personalidad, ya bajo la figura de soldado, ya de page, aquí de estudiante, allí de caballero, cuándo de poeta, cuándo de enamorado.

En *El amante liberal* y *El Licenciado Vidriera*, se encuentra, como ya hemos visto, alguna parte de narracion auto-biográfica, y gran material en el *Coloquio de los perros*, de que me he aprovechado oportunamente, mas como esta clase de observaciones son mas propias de un juicio crítico extenso, lo cual no es de este lugar, me limitaré á una breve ojeada sobre el interesante cuento de amores de Ricaredo é Isabela.

Mi opinion sobre la *Española inglesa* es, que el autor quiso representar el verdadero honor del aman-

te, y tal vez por esto buscó al héroe en Inglaterra, por no hallarse tipos de esta clase en los adoradores de España, muy galanes y muy capaces de todo sacrificio y locura, con la condicion *sine qua non* de ser la dama hermosa. Si el hecho es histórico cual parecen indicarlo ciertos datos, mucha debió ser la intimidad de Cervantes con los principales personajes que en el drama intervienen, ó por lo menos supo los pormenores de la prima de Isabel, esa monja cantora del convento de Santa Paula, de Sevilla, de quien se supone enamorado á Cervantes, y seria de la voz, pues nada se dice de su hermosura. En este caso hay notable paridad con la pasion que sintió Shakespeare por una mujer vulgar y aun fea de rostro, pero de estraordinaria gracia y habilidad en el canto y en la música.

Existe en la literatura inglesa una balada con el título de *El amor de la dama española*, que evidentemente se refiere á una prisionera hecha en el cerco y saco de Cádiz, cuyo amante se llama *Ricardo Levison*, y en la cual se hace mencion particular de un collar de perlas, y como el pretendiente en nuestra novela tiene el nombre de *Ricaredo*, y tambien se menciona en ella un collar de perlas, acaso sea la balada reminiscencia de esta misma historia de amores. Hay otros indicios de ser relato auténtico, entre ellos el de designarse el nombre del banquero florentin Roqui, con casa

de giro en Sevilla; pero si á dicha fuese invencion de Cervantes el dramático incidente del envenenamiento de Isabela por la camarera de la reina Isabel, y que de resultas de ello, perdió la tez y la belleza, no sabríamos como ponderar la intuicion de nuestro novelista y su acierto en elegir la nacion apropiada al carácter de sus personajes. He dicho que me parece el nérvio de esta novela el mostrar que el verdadero honor de un amante no es la vana palabrería del galanteo ni las finezas ó las locuras si la mujer es hermosa, sino la constancia en la palabra cuando la hermosura se pierde por accidente fortuito ó voluntario. Sabido es, que en nuestra historia hay mas de un caso en que la mujer, para conservar su honra ó su reposo ha atentado contra su hermosura y destruido los atractivos de su rostro con sus propias manos, sabidoras de cuan poco se internaba el fuego de la pasion en nuestros galanes, que por lo general estaba en los lábios, y quitada la ocasion se quitaba el peligro. Por lo tanto, haber puesto la escena de esta novela en España ó en Italia, diera lugar á creerse un suceso casi inverosímil.

No lo es así localizando el drama en Inglaterra, pues la historia nos conserva mas de un ejemplo de ese alto honor en los amantes. El famoso Guillermo Temple, enamorado desde corta edad de la célebre Dorotea Osborne, hija del gobernador de Guernesey, despues de mil obstáculos y

contratiempos verdaderamente románticos, vió desaparecer la belleza de su amada á quien atacó la enfermedad de la viruela, y sin embargo, se mostró constante y leal, y fea y desfigurada la recibió como esposa. El coronel Hutchinson habia dado antes este noble ejemplo, que refiere su misma esposa diciendo: que le dió su mano apenas la convalecencia la permitió salir de su aposento, y que estaba tan fea, que puso espanto al mismo sacerdote. «Dios, sin embargo, continúa, recompensó su justicia y su constancia, restableciéndome como yo estaba antes.»

El no haber visitado nuestro autor á Inglaterra ni visto la capital, le hace incurrir en un error al reseñar la entrada de Ricaredo con la nave chica y la grande portuguesa cargada de frutos coloniales. Dice que esta se quedó en el mar, porque el rio no tenia bastante fondo para su calado; y que desde palacio se la veia á lo lejos. Ahora bien, esta es una inexactitud, puesto que el Támesis corre muchas leguas antes de atravesar la ciudad de Lóndres.

Suponiendo que Cervantes oyese el relato de boca de estos amantes, ó de la monja prima de Isabel, la época en que debió escribirla fue en los primeros años del siglo XVII.

CAPITULO XXIV.

El falso Quijote ó Quijano el *Malo*.—Maniobras puestas en juego.—El Sancho de Avellaneda y el de Cervantes.—Indicios del nombre del autor oculto.—*Viaje del Parnaso*.—Capacidad crítica del autor del *Quijote*.—El poeta Roncesvalles.—Comedias y entremeses.

Conocidos como eran, varios de estos desahogos de su ingenio, su publicacion en forma coleccionada tuvo un éxito singular y avivó el malquerer de sus enemigos, que se vieron señalados en el prólogo, en *El licenciado Vidriera* y *Coloquio de los perros*, de una manera bastante significativa. Esto haria arreciar los efectos de la envidia, y apresurar la ocasion de salir al público y hacer frente á Cervantes con todo el grueso de las fuerzas, lastimándole por donde más creian que podia dolerle, que era componiendo y publicando una segunda parte del *Quijote*, como para dar á entender al público que habia ingénios tan capaces como él y aun superiores, pues podian hacer una obra en la forma y en el fondo superior á la suya.

En efecto, hácia fines de 1614 y mientras se hallaba en prensa el ingeniosísimo poema intitulado *Viaje del Parnaso*, se imprimia en Tarragona una continuacion del *Quijote* por un escritor de Tordesillas con el nombre de Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda y evidentemente fraguada en secretos conciliábulos de Madrid. Semeja esta obra en mucho á esas gruas ó maquinarias que se construyen para mover pesos enormes con solo la aplicacion de un dedo á un manubrio. El sanedrin de donde parte la inspiracion superior está en la córte. Se dá un rodeo para buscar á un autor supuesto en Tordesillas, toma el pseudónimo de Avellaneda, y se acude á imprimirlo nada menos que á Tarragona, y realmente quien solo con un dedo mueve toda esta maza contra Cervantes, es un fraile dominico llamado Andres Perez. Reflexionen los que creen que el *Quijote* tuvo por principal objeto desterrar la perniciosa lectura de libros caballerescos, si tan santo fin merecia que el clero, y en especial los frailes, se alterasen de tal modo y preparasen tan traidora venganza al autor de tan buen propósito.

Apesar del sigilo con que se fraguó este anti-Quijote, no dejó de llegar á oidos de Cervantes, toda vez que en el *Viaje del Parnaso* carga la mano, entre todos los malos poétas y escritores, sobre el fraile ó capellan lego que se encubre sin duda alguna bajo el nombre de Avellaneda, y es-

te es otro dato curioso para juzgar sobre el verdadero orígen de este oculto manejo. Todos los designados como probables autores de este libro, son religiosos. Aliaga, confesor del rey, fué el primer presunto reo. Designóse despues á Blanco de Paz, dominico; á Lope de Vega, familiar de la inquisicion, y finalmente á Andres Perez, religioso de la órden de Santo Domingo, y el cual, mientras no se destruya el cúmulo de argumentos y pruebas que he presentado en *El Mensaje de Merlin*, y otros trabajos críticos, merece estar por ahora en el banquillo de los acusados. (1) Acaso el mismo Cervantes tuvo que congeturar quién fuese el que tomó la pluma; pero bien conocia á los que guiaron la intencion, gente aunada y poderosa.

Este libro vale poco ó nada como sátira literaria. Ni el manchego que pinta es hidalgo, ni el andante es caballero, ni su dolencia es locura; ni en suma tiene otro mérito que ser Quijano el *Malo*, ya que nada conserva de Quijano el *Bueno*. Por Sancho corre otra cuenta. Como pintura de un rústico, soez, bellaco y bufon con sus ribetes de sucio y collares de obsceno y desvergonzado, es inmejorable, y por esto ha habido autores que lo creen superior al *Quijote* de Cervantes. Mas por lo mismo que es retrato de un sáfio, carece de la di-

(1) Alonso Fernandez de Avellaneda, artículo inserto en *La Revista Contemporánea*, 1877, Madrid.

versidad de matices que hacen en el Sancho legítimo la verdadera representacion de la clase popular y comun en España, desde el simple gañan que firma con una cruz, hasta el criado que razona discretamente con su señor sobre gobernacion de Estado. En el Sancho de Avellaneda, solo se vé al criado de Martin Quijada; en el de Cervantes se halla el tipo de todos los servidores, vario en manifestaciones y uno en la sustancia. En suma, el libro no tiene mas que un objeto: bautizar á don Quijote, entrarle en la iglesia, colgarle el rosario, hacerle oir misa, y sustituir á Dulcinea con la patrona de su órden. Pero todo esto bajo la apariencia y pretesto de que no se trata mas que de atacar la caballería andante. Confesar otra cosa habria sido anti-politico, y llamar la atencion del público hácia el sentido esotérico del *Quijote*, que ellos y solo ellos pudieron, aunque no del todo, vislumbrar. En esto, ambos autores siguieron igual camino con distintos fines.

Resultado, Cervantes, lego, compone un gran libro, de lectura moral, y testo para infinitos sermones segun un escritor francés, mientras que el contrario bando religioso hace un libelo, de lectura inmoral, que escandaliza aun en cuarteles y lupanares. El uno triunfa andando el tiempo y la humanidad aplaude el fin propuesto y los medios empleados. El otro se hunde en el olvido y muestra la poca vida de su causa. Si así no fuese, el

Quijote espúreo debia estar hoy en manos de todos y el de Cervantes hundido en el polvo de las bibliotecas, porque no viven en los siglos los que en sí no encarnan ideas destinadas á vivir en la humanidad.

Diré para concluir con este aborto, que á más de la evidencia que parece resultar en contra de Andrés Perez, en lo mal que le pinta nuestro autor en la guerra de los poetas, siendo este autor de *novelas* y obras en *prosa*, tan luego como escribiendo el capítulo LXXII de la segunda parte del *Quijote*, supo que tal libro habia salido á luz, entre otras muchas referencias á esa felonía, imagina la aventura de la cabeza encantada y saca á la escena á un misterioso personaje amigo de don Antonio Moreno, acerca del cual conviene recordar el siguiente pasaje del *Quijote*.

«Este tal, pues, amigo de don Antonio Moreno, se llegó á la Cabeza y preguntóle: *¿Quien soy yo?* Y fuéle respondido: *tú lo sabes*. No te pregunto eso, respondió el caballero, *sino que me digas si me conoces tú*. Sí conozco, le respondieron, que eres Pedro Noriz.»

Sobre esto escribia yo en 1875, en *El Mensage de Merlin*: ¡Singular y notabilísimo ejemplo de introducirse una figura en el *Quijote*, sin otro objeto que declarar su nombre! ¿Y quién es este don Pedro Noriz, ni qué le importa al lector este personaje? Llama asimismo la atencion esa respuesta

misteriosa, estraña, rebosando melancólico sarcasmo: esa respuesta, en fin, que dice un volúmen en el sentido alegórico del *Quijote* y nada vale en el sentido literal. ¿Qué razon pudo haber para introducir ese apellido de *Noriz*, que ni aun tiene aire de español? Solo en Inglaterra es comun el sobrenombre de *Norris*. En España no recuerdo haber leido ni oido el Noriz mas que en el *Quijote*.

A salvo una leve modificacion, con las letras que forman los nombres de *Andrés Perez*, resultan los de *Pedre Narez* que no distan mucho de *Pedro Noriz*. Curioso fuera, que cuando tantos fundamentos hay para creer que este dominico fue el encubierto Avellaneda, saliesen de ese nombre y apellido las palabras *Ondro Periz*, semejanza y eco que nos está atrayendo á los de *Andro*, *André*, *Andrés*, y *Periz*, á *Perez*. Esto no es cuestion de acertijo, porque no es la letra, sino el espíritu del *Quijote* el que nos trae á suponer tal revelacion, y todo anagrama tiene que pasar por esta severa prueba y piedra de toque para que se crea formado espresamente por el autor (1). Si esto falta, son coincidencias casuales y por eso estoy muy lejos de adoptar los supuestos ecos y semejanzas

(1) ¿Será tambien azar, casualidad ó acertijo el haber llevado á Don Quijote á que le venciese el de la *Blanca* Luna, en Barcelona, que lleva el anagrama de *Blanco era*? ¡Quizás piensen asi los que creen, que la Creacion es efecto del acaso!

que halla un crítico en los nombres de Alifanfarron, Pentapolin y sus respectivos caudillos y caballeros.

El Viaje del Parnaso, publicado á continuacion del tomo de las novelas, es una de las composiciones mas satíricas é ingeniosamente epigramáticas que puede inventar la fantasía de un poeta. Apenas hay una línea que no sea un dardo, una punzada, una ironía: y hasta aquellas que parecen inofensivas, llevan algo de zumba y socarronería. Campea en esta composicion, traviesa por estremo, el arte especial y único de nuestro escritor en disponer la traza de la invencion de manera, que dice lo que quiere, da en el blanco á donde apunta, hiere hasta el tuétano y sin embargo, parece que apenas mueve la mano con que azota. En el arte literario tiene lugar lo que en el pictórico. Hay artistas que usan mucho color negro y apenas producen efectos de claro oscuro, y otros como el gran Velazquez, que emplean una media tinta y llegan á efectos asombrosos, y es que en el *Viaje del Parnaso*, como en el *Quijote*, gran parte de la sátira está en la invencion, en el plan, en la estructura, y hecho esto, basta una leve pincelada, un toque de la pluma para que resulte un efecto estraordinario y una herida profunda.

A haberle puesto un prólogo pudiera con razon decir que no le fue muy bien con el canto de Caliope, enclavado en su *Galatea*. Este es uno de los

pensamientos que mas descuellan en los cantos del *Viaje*, pensamiento fruto de la esperiencia que viene cuando el hombre se vá. Escribia el de Caliope en su juventud, con buena fé, con amor, deseoso de estimular, honrar y venerar á cuantos se dedicaban á las letras y á la poesía, estraño á la envidia y ageno de los celos de profesion. No creo fuese otró el móvil de tantos panegíricos, incluyendo verde, maduro y seco, de toda chamiza, y celebrando al lado de hombres de valer, escritores y poetas de escasísimo ó de ningun mérito.

De aquí el asombro y estrañeza de algunos escritores modernos y su idea sobre la capacidad crítica de Cervantes. ¿Es que los genios de gran imaginacion y grandes facultades son incapaces para la crítica? Tal pregunta se ha hecho y no deja de haber ejemplos que la justifican. Yo diria que nuestro autor entra en ese número si no viese que á vueltas de esas hiperbólicas alabanzas, es el más rigoroso y severo en otras partes de sus obras para conceder el título de poeta. En su escrutinio hay críticas muy discretas, y por su buen juicio resplandece la de su propia *Galatea*, sin contar con el famoso diálogo sobre preceptiva del arte y del que se ha ocupado recientemente el señor don Luis Vidart en un breve y curioso opúsculo. Pueden explicarse tambien esos elogios al por mayor, por la conciencia del valor propio en los hombres de gran genio, y puede ser en parte efecto de haberse des-

virtuado mucho en su época el valor de las palabras en fuerza de hábitos de lisonja y de exageraciones continuas. Gran número de aquellas frases corresponderian entonces á las que ahora usa la prensa de «nuestro entendido, ilustrado, ó eminente amigo,» aplicadas á reconocidas nulidades, toda vez que aun se conservan las expresiones de «*mi pobre opinion*,» dichas por críticos inflados de soberbia y «*mi humilde juicio*» por opinantes que revientan de orgullo.

Mas estas consideraciones generales parece que pierden toda su fuerza en el caso concreto de Cervantes, cuando le vemos en el canto IV de este significativo y misterioso *Viaje*, no solo reconocer su error ó su imprudencia, sino confesar y señalar los temibles efectos de tanta benevolencia en sus juicios. El mismo se llama ciego, magancés, coronista mentiroso y pródigo de alabanzas; él mismo contempla el daño de estos elogios sin medida cuando dice:

«Estas quimeras, estas invenciones
Tuyas, *te han de salir al rostro un dia*,
Si mas no te mesuras y compones.

y más claramente lo expresa en el mismo canto en los siguientes tercetos, dirigiéndose á Apolo lleno de temor:

.....«Con bien claros desengaños
Descubro que el servirte me granjea
Presentes miedos de futuros daños.

. . . . . .

Unos, porque los puse, *me abominan*,
Otros, porque he dejado de ponellos,
De *darme pesadumbre* determinan.
Yo no sé como me avendré con ellos:
Los puestos se lamentan, los no puestos
Gritan, *yo tiemblo de estos y de aquellos.*
Tú, Señor, que eres Dios, dales los puestos
Que piden sus ingenios: llama y nombra
Los que fueron más hábiles y prestos.
Y porque el turbio miedo que me asombra,
No me acabe, acabada esta contienda
Cúbreme con tu manto y con tu sombra,
O ponme una señal por do se entienda
Que soy hechura tuya y de tu casa
Y *así no habrá ninguno que me ofenda.*

En efecto, solo un Dios seria capaz de discernir y valorar talentos, y aun no se atrevería á dar diplomas por miedo de que blasfemasen ó renegasen los descontentos. Entonces, como ahora y siempre, el que menos vale cree llegar á la cumbre y el que en ella está piensa que todo elogio es pequeño. El daño que se causó Cervantes por la absolucion general de los pecados de los poetas y quererlos llevar á todos á la cumbre y aun dos leguas mas allá del Parnaso, lo empeoró con las sátiras que siempre dirigió á los rimadores, trovistas, poetas de gramalla y *consumidos* en vez de *consumados*. Vieron los más ciegos que aquellas alabanzas eran epigramas y no pudieron perdonarle la broma. Era ya tarde cuando Cervantes lo confiesa y reconoce, y como ya viejo, hizo en este *Viaje del*

Parnaso lo que se llama remachar el clavo, y poner en práctica lo que Juan Haldudo con el muchacho Andrés, que despues que le tenia medio desollado á golpes, le ató de nuevo, diciendo: que queria *acrecentar la deuda* por *acrecentar la paga*.

En este *Viaje del Parnaso* apenas se salva uno de la condenacion general. Allí llueven enjambres de una nube y de cada gota de agua, á modo de sapo ó rana, surgen poetas. En seguida, emprendiéndola de nuevo con Lope, dice:

«Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
Poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
Ninguno le aventaja ni aun le llega.»

con cuyo segundo riego *creció la poetambre* de manera que tuvo Mercurio que azotarles con una zaranda. Muchos habrán creido que ese terceto es un gran elogio del Fenix de los ingenios; pero estudiése la estructura del pensamiento, la ocasion y modo en que le llueve la nube y la cosecha que de ella sale, y se verá que fue un elogio que le hirió las mismas entrañas. Cervantes pudo sufrir enemistades y envidias; pero cada vez que tomaba la pluma para castigar á alguno de sus émulos, con la mayor suavidad y finura de ingenio le hacia sentir la clava de Hércules en sus espaldas.

Fue esta obra dedicada, no al conde de Lemos, ni al Cardenal, sus protectores, sino al jóven don Rodrigo de Tapia, y lleva una dedicatoria de cua-

tro á cinco líneas, que aun con ser corta, es demasiado larga comparada á la brevedad de la que destinó al duque de Bejar. Cuando en tales documentos no interviene pago de deuda de gratitud, como seguramente no se vislumbra en esta del *Viaje del Parnaso*, ni en la otra de la primera parte del *Quijote*, muchas veces puede llevar el autor hasta idea de satirizar al Mecenas. Digo esto recordando una de las ordenanzas que para los poetas y escritores puso Cervantes en boca de Apolo, en su *Adjunta al Parnaso*, donde dice: «Si algun poeta quisiere dar á la estampa algun libro que él hubiere compuesto, no se de á entender, que por dirigirle á algun *monarca*, el tal libro ha de ser estimado, porque si él no es bueno, no le adobará la direccion, aunque sea hecha al Prior de Guadalupe.»

Este trozo, como sucede muy á menudo con las sátiras de nuestro autor, dispara á varios terreros, como lo juzgará quien conzca la historia literaria de aquel tiempo. Pero no es dudoso que en él alude á sí mismo y á su dedicatoria del *Quijote*, donde se ve algo de burlesco en comparar al Duque con *Alejandro Magno* y llamarle fruto de *árbol real*. El sér mencionado en los versos por excelencia cómicos é irónicos de Urganda da mucho que sospechar.

Esta *Adjunta al Parnaso*, á más de ser ingeniosísima, y como miel sobre hojuelas para los escri-

tores malos, tiene tal intencion satírica en medio de su aparente suavidad, que con ser brevísima, aunque fuera anónima pregonaria á voces á Cervantes. El papel que hace el pobre don Pancracio de Roncesvalles, haciendo á su costa un viaje al Monte Sacro, y trayendo una carta de Apolo para Cervantes, en donde dice el dios que, «pues es rico, no se le dé nada que sea mal poeta,» recuerda los versos de

A mí me llaman *Peneque*,
Señor alcalde, ¿qué haré?
Vaya usted con Dios, *Peneque*,
Que yo lo remediaré.

El decir Cervantes que en su cuello se le sepultaba el rostro, el hablar del prior de Guadalupe, famoso convento de México, y la circunstancia de leerse en el apellido de Roncesvalles: «*es Alercon*,» unido á que no incluyó á este poeta ni en el ejército de los malos ni de los buenos, con otras frases que en la *Adjunta* se ven, y el proceder del jóven poeta americano con el Adan de los poetas, cuando le vió en una academia literaria de Madrid, son circunstancias dignas de estudio, y que no me parece debo pasar en silencio. Tambien me llama la atencion que hable tan particularmente con Roncesvalles del soneto que recibió bajo un sobre en Valladolid.

A la mencion de sus comedias, hecha en esta

postdata, siguió la impresion de ocho de éstas y ocho entremeses, sobre los cuales han sido muy varias las opiniones de los críticos, aunque creo que el principal objeto del autor fue publicarlas por lo que en unos y otras hay de narracion autobiográfica, principalmente en *La Guarda cuidadosa* y en *El Gallardo Español*. Como obra maestra, digna de ser puesta al lado de la aventura del Clavileño, merece gran atencion *El Retablo de las Maravillas*, cuyo argumento imitó seguidamente el Ramon de la Cruz de aquel tiempo Luis Quiñones de Benavente.

En nuestros dias se han achacado á Cervantes tres entremeses más, hallados en códices manuscritos, y que en mi opinion no proceden de su pluma. Estos son el *Entremés de los Refranes*, más bien propio de Lope de Vega, que ya hizo un ensayo de esta clase de diálogos en su *Dorotea*: *La cárcel de Sevilla*, que aunque bueno carece de sabor y de pinceladas verdaderamente cómicas, y *El hospital de los podridos*. Sobre este último, en particular, se me ocurre decir que, siendo Cervantes el pintor del podrido por excelencia, en el sentido de que Don Quijote se afanaba por el bien ó mal de los prógimos, no es creible dejase de hacer en él una alusion á su gran tipo, si le escribió despues, ó marcar en él su tendencia, si le escribió antes que el *Quijote*, hácia una personificacion grandiosa de esos enfermos ó apenados por las

obras, gustos ó errores de otros. Es más, creo que no se menciona en él una sola vez la palabra *podrirse*, cuando era natural que Sancho se la estuviese echando en cara á cada momento. Como el abad de lo que canta yanta, el poeta de lo que piensa escribe. No podia haber en Cervantes solucion de continuidad en este giro de pensamiento, habiendo sido antes ó siendo despues autor de *Don Quijote*, sobre todo cuando se observa lo mucho que se apasionaba de ciertas frases y pensamientos propios suyos. En todas sus obras hay ligazon, siquiera sea por pequeños detalles, y estas pueden sacarse del cuerpo sin que sienta el alma su amputacion. En todo caso, mejor llevarian el nombre de hijos el de la Cárcel y el Hospital que el de los Refranes.

CAPITULO XXV.

Segunda parte del *Quijote*.—El bachiller Sanson Carrasco.—Juicio sobre la continuacion de la fábula, ó tercera salida de Don Quijote.—El *Persiles*.—Obras perdidas de Cervantes.

Alternando con estas ocupaciones y las de ocasion, como sonetos laudatorios para autores de libros, poesías para justas literarias, certámenes, canonizaciones y otros objetos que piden el brillo y concurso de los ingenios, iba muy adelante nuestro autor en el trabajo grave y concienzudo de la segunda parte de su famoso libro, que apresuró, sin duda, á la aparicion del *Quijote* tarraconense, segun claramente lo expresa en el prólogo de la misma, y en la dedicatoria de sus comedias al conde de Lemos.

Esta segunda parte del Quijote es, á nuestro parecer, más notable é importante que la primera bajo varios conceptos, mostrando esta singularidad cuán ingénito y perfectamente desarrollado fue en Cervantes el carácter del protagonista y el argumento de su poema. Otro escritor que no él, ha-

bria seguido hacinando aventuras y pintando locuras del hidalgo, cual más, cual menos caracterizadas ó saturadas de caballeresco frenesí, como hizo el imitador anónimo, y en efecto, así lo habria hecho Cervantes mismo, si su objeto se limitara ó fuese principalmente el acabar con la lectura de los caballerescos libros, siguiendo el órden natural en estas dolencias del cerebro de que las recaidas son peores que las caidas.

En la segunda parte, sin embargo, vemos presentarse nuevas fases, donde cada vez van acentuándose aquellas cualidades que á la larga descuellan sobre la insensatez y concluyen por hacer amable, elevado y nobilísimo el tipo de don Quijote. Siete capítulos consecutivos, llenos de interés y de gracejo, nos le muestran, no en el campo, armado de todas armas, calada la visera y lanza en ristre, sino quieto en su casa, en *deshabillé* ó en *farsetto*, y con todo, el manchego hidalgo, siendo el mismo en el fondo, seduce y cautiva más, si cabe, en esta nueva forma. Aumenta asimismo el interés de la continuacion de sus aventuras, la introduccion de un nuevo personaje, cuya manera de aparecer en la escena, llena á los lectores de curiosidad, por verle muy enclavado en la historia, aun antes de presentarse en ella, y por esperar mucho y extraordinario de un hombre, que, llamándose amigo, toma el camino opuesto al que siguen todos los que naturalmente debian intere-

sarse por la salud y bienestar de Quijano: esto es, que el bachiller Sanson Carrasco, es el único que aconseja al hidalgo se disponga á nueva salida en busca de aventuras, cuando todos trabajaban por quitarle del magin tamaño disparate.

En este personaje quiso representar Cervantes á su enemigo Blanco de Paz, y esta trasparencia es la que da margen á que, debiendo ser un carácter simpático, sea sospechoso y algo repulsivo.

Sobre esto decíamos lo siguiente en el opúsculo el *Correo de Alquife*.

«La importancia que quiso dar Cervantes á esta figura, ha de corresponder en buena lógica á una importancia análoga en su carácter moral. Si la locura del honrado Quijote era considerada y sentida, por cuantos le conocian, como una gran calamidad, júzguese cual debe ser el carácter moral de su médico, del hombre generoso que, movido de compasion y esponiéndose á grave peligro, acomete la empresa de curarle y reducirle al sosiego de su vida privada.»

»En el órden de los caracteres la alteza moral del asignado al bachiller es notoria y descuella entre todos. No lo hay más noble, más heróico entre los personajes secundarios. El discreto cura y el buen barbero sienten el mal de su vecino, pero se divierten con él al mismo tiempo; mientras que Sanson, recien llegado, de mano armada y en un punto, forma la resolucion de curarle tan

eficaz como peligrosamente, pues es á riesgo de su vida. ¡Generoso intento, propio de un alma noble! ¿Por qué no es el bachiller el personaje acabado de la historia, el verdadero representante del buen sentido, el retrato del verdadero hombre de bien? ¿Qué es á su lado don Diego de Miranda, ese perfecto caballero honrado, sino un hombre indiferente y egoista? Si la idea de personificar en Sanson á su enemigo no hubiese existido en Cervantes, no habria en la novela figura más simpática que la del bachiller. Los lectores no verian en él más que rectitud de miras, nobleza de corazon. Cervantes no tenia necesidad de elogiarle: sus hechos mismos formarian su elogio.

»Y sin embargo, ¿sucede esto? ¿Aparece Sanson á los lectores en tan elevado concepto? ¿Aparece siquiera *recomendable?* ¡Caso raro! Sucede todo lo contrario. El bachiller es un actor, que, á pesar de su buen intento, no logra cautivar del todo; una figura sospechosa desde el momento en que sale á la escena, un personaje antipático. No hay proporcion ni correspondencia entre el concepto que forma el lector, de su carácter, y el papel elevado que tiene en el poema. ¿En qué consite esto?

»Desde luego debe responderse, que los lectores no pueden formar otra idea del carácter de un personaje, sino aquella que el autor quiso que formasen. Cuando vemos que el hidalgo, á pesar de

sus sandeces y locura, á pesar de cuanto acumula el autor para presentarlo en ridículo, es una figura sublime y simpática, débese creer que, no obstante el papel que reserva á Sanson Carrasco, quiso rebajar su carácter moral y hacerlo antipático y sospechoso; y la razon es, que es persona de dos fases; una en el sentido literal de la fábula, y otra en el alegórico. Y como Cervantes atiende á estas dos personalidades, no se puede evitar que el reflejo de la maldad de la una, empañe el brillo de la bondad de la otra, y que se vislumbre la hipocresía entre la sinceridad, la intencion dañada en su aparente sana intencion, al envidioso en el caritativo y al enemigo pérfido en el amigo leal y sincero.»

Es tambien de notar, y muy acomodaticio seria el achacarlo á casualidad, que las tres palabras Bachiller Sanson Carrasco, contienen por órden rigoroso dos letras cada una, que juntas forman el nombre de *Blanco*.

En el combate en Sierra Morena, Sancho dice á su amo que mate al caballero de los Espejos, quizás matará en él *á alguno de sus enemigos*.

Hacer una comparacion, aventura por aventura, entre esta y la primera parte para decidir literariamente de sus respectivos méritos, seria trabajo impertinente y ocioso, y sin embargo, tal tarea debe haberse hecho *in mente* por aquelloss que ya consideran la una, ya la otra superior en

mérito. La verdad es, que no hay comparacion posible porque ambas tocan al punto de la perfeccion y de la excelencia, y cada cuadro ó escena está completo y acabado, mostrando siempre un aspecto nuevo de la locura y de la discrecion, del ideal y del sentido comun representados por amo y mozo.

En lo que realmente lleva la ventaja la segunda parte, es en el mayor y más frecuente empleo del artificio alegórico, y en revelarse más claramente en ella el sentido oculto que quiso dar á esta su ingeniosa fábula.

En esta postrera salida va apareciendo el hidalgo cada vez más tranquilo, más cuerdo, menos acometedor, más razonador, menos *quijotista*, más *Cervántico*. Es que se van descorriendo sutiles velos, retirándose al fondo el simple batallador á espada y lanza, y mostrándose en primer término el guerrero de la idea; en una palabra, acentuándose por grados el cambio de figuras y de intencion. Personajes en su forma real le trastornan en sus primeros pasos. Ahora se le ve en calma ante la carreta de la muerte. La controversia intencionada y la disputa irónica se repiten y menudean. Coloquios intencionados de Don Quijote con el cura, el barbero, el bachiller, Sancho, el ama y la sobrina: coloquios con el caballero del Verde Gaban, caballero de los Espejos y Duque y Duquesa. Coloquios de Sancho aparte con

Tomé Cecial y entrevistas ó conferencias secretas de la Duquesa con el escudero. Parece su demencia una locura dialéctica, epigramática, que se traduce más en ideas que en hechos, más en esgrima del pensamiento que en lucha del brazo. Dulcinea es en la segunda parte el verdadero sol y centro, el alma del argumento en torno del cual gira el interés de la historia desde que el enamorado toma el camino hácia el Toboso y realiza el encanto de su señora el malicioso Panza. Aldonza Lorenzo, la aldeana, la moza rolliza, va cada vez perdiendo sus carnes y espiritualizándose hasta concluir en una esperanza, en una profecía, en un bien espiritual, que conocido por Don Quijote, quiere que su conocimiento se universalice y estienda á la humanidad entera.

Todas las aventuras tienen aquí más de lo ideal que de lo plástico, y Don Quijote más de crítico, censor, predicador, moralista y político, que de caballero andante batallador. El designio oculto se trasparenta en mayor número de pasajes y accidentes: el artificio simbólico es más completo y delicado, y la trasfiguracion de Cervantes mucho más visible en Don Quijote. Finalmente, el elemento de interés nuevo que presenta la figura de Sanson Carrasco, cuya empresa es precedencia de hermosura entre Casildea, dama tiránica, y Dulcinea, dama-libertad; la victoria material de Sanson, que pone término al poema, mientras que

moral é idealmente el triunfo es de Don Quijote, que cae de Rocinante, pero no de su ideal, y la lucha entre la sencillez del hidalgo y la intriga maliciosa del escudero sobre el encanto de Dulcinea, en la red de cuyo juego se enreda y envuelve Sancho hasta costarle una penitencia de azotes el desencanto, son en conjunto y en detalle los monumentos mas insignes que posee historia alguna de literatura en el arte de profunda y trascendental alegoría.

Pero sobre todo, existe en el prólogo de esta segunda parte una indicacion demasiado trasparente de la intencion que el autor se proponia en la fábula de su Ingenioso Hidalgo, cual es la que va envuelta en el cuento del loco de la piedra, y el perro del bonetero. Cuento es este como especie de enigma ó libro cerrado para todos los anotadores y comentadores del *Quijote*, bajo el estrecho y mezquino punto de vista de la letra, y uno de los pasajes más claros, si se coloca la crítica en el verdadero observatorio. Cervantes habia dejado caer el azote ó piedra de su sátira sobre todos los abusos, errores, embelecos, mentiras y preocupaciones, sin distincion de gremios, clases ó *castas*. Sin embargo, una que se creia inviolable y privilegiada, alzó el rebenque de la injuria y la calumnia, y quiso lastimar á Cervantes con el mismo pretesto que tomó el bonetero para hacer alheña las costillas del loco. Pues

qué, dice implícitamente Cervantes, cuando el hombre de genio castiga corrupciones, corrige errores, señala vicios, en una palabra, deja caer el pesado canto de la sátira discreta sobre los canes que afligen á la sociedad, ¿va á ponerse á mirar la casta á que pertenecen? Este cuento ingeniosísimo, como todos los de Cervantes, da en el blanco de una manera directa y le escusa largas disertaciones. El lector discreto hará sus comentarios.

Sin duda alguna que, para tan gran batalla y tales enemigos, en general gente de poco valer por sí, pero de mucho poder por la esfera en que se movian, debieran ser cortas y flacas las fuerzas de un hombre desvalido y pobre, si no ocurriese la providencial casualidad de ser Cervantes admirado y protegido por el cardenal arzobispo de Toledo, que era al mismo tiempo inquisidor general del reino. Nuestro autor declara públicamente que mereció la consideracion de este Príncipe de la Iglesia, sin solicitarla con adulacion alguna; antes bien, indica que la virtud llega á resplandecer y á ser estimada, siquiera esté envuelta y oscurecida por la estrechez de la pobreza, lo cual nos lleva como por la mano á fijar la atencion en el peregrino relato que hace el licenciado Marquez Torres en la aprobacion que firmó de esta segunda parte del *Quijote*. Háblase allí de la visita que hizo el cardenal al embajador francés que vino á tratar del doble casamiento de los príncipes

de España y Francia, y de cómo unos caballeros franceses que en la comitiva venian hicieron grandes elogios de Cervantes, á quien en Francia conocian por sus obras, y mostraron deseos de conocerle, por donde se ve que tal observacion del prólogo tenia un hecho real en que fundarse. El ser favorecido, además, por el conde de Lemos, á pesar de la falange de literatos y aduladores que á este rodeaban y de hallarse ausente, fue otro dique al malquerer de los émulos y envidiosos. En suma, fuerte debió ser la proteccion que en sus últimos dias obtuvo Cervantes cuando no sucumbió al peso de tantos enemigos despechados y nada benévolos por naturaleza.

En la misma dedicatoria de esta segunda parte al conde de Lemos, anuncia ya Cervantes la próxima conclusion de su obra, *Persiles y Sigismunda*, de que ya habia hecho mérito al publicar sus novelas considerándola su obra por excelencia. Unos, como Navarrete, dicen que este libro es de mayor invencion y artificio, de estilo mas igual y elevado que el *Quijote*. Otros creen que la preferencia es resultado del mayor trabajo que debió costarle y del natural amor, como al último fruto de su entendimiento. No faltan quienes la juzguen impropia de la elevacion de su genio, mala imitacion de un clásico modelo, y hasta se ha dicho que puede contarse entre las aberraciones del humano espíritu. Todas son opinio-

nes en el aire, exageraciones y contradicciones.

El Persiles representa ser una alegoría de la peregrinacion de la humanidad desde los primitivos tiempos salvajes, cuya primera escena se coloca en los antros de la tierra y en las oscuridades de la ignorancia hasta llegar por medio de sucesos los mas extraños y varios á la cúspide de la luz que busca, y en torno de la cual ha girado como buscando su centro y su reposo. *Peri-andro* y *Auri stella*, son nombres simbólicos que bien espresan esta idea, y ambos personajes son uno realmente. La estrella y centro que la humanidad busca, es al fin, la fé, y por eso la peregrinacion termina en Roma, asiento y estrella del catolicismo.

Llegada la caravana á la capital del mundo cristiano, profesada la religion, hecha confesion general y besado el pié al Pontífice, todo está alcanzado, los deseos satisfechos, el ideal conseguido, y ya no hay mas que dejarse ir, como vulgarmente se dice.

Bajo cierto aspecto, esta obra pudiera considerarse como el *anti-Quijote*, hecho por el mismo autor que concibió el espíritu y pensamiento independiente del caballero andante, enamorado de la razon y prendado de su ideal individual Dulcinea; pero como no es posible imaginar antítesis tan notoria, preciso es suponer, ó que es un desenlace, por decirlo así, impuesto por los hechos históricos en que el autor no hace mas que consignar el he-

cho, ó que Cervantes, ya en los últimos años de su vida y aleccionado por la prueba y experiencia que habia tenido en la espresion de sus ideales, no quiso afrontar en el declive de su vida los peligros de la exposicion de su ideal en una nueva produccion literario-filosófica. Las proporciones y transcendencia del plan de esta obra, son colosales, como no podia menos de esperarse del autor del *Quijote*, y por lo mismo hay que suponer, que motivos poderosos influyeron en darle un desenlace que dista mucho de la idea y de la independencia que caracterizan su génio elevado y superior. ¿Será que esa solucion envuelve la sátira en su enunciacion misma? Cuestion es esta para tratada en otro lugar, y aquí solo indicamos observaciones generales sobre el espíritu y contexto de la obra. Pero no se pierda de vista que el autor del *Persiles* es el mismo sutil, ingenioso y profundo que hoy cada dia más nos sorprende y admira con sus invenciones.

Concluida á principios del año de 1616, los achaques y enfermedades propios de la vejez, en una vida tan activa y trabajosa le impidieron concluir el prólogo y la dedicatoria; tanto que el 2 de abril del mismo año, y por no serle posible salir de su morada, profesó en ella la venerable órden tercera de San Francisco, cuyo hábito habia tomado tres años antes en Alcalá de Henares. Intervalos de mejoría hubieron de permitirle el probar un

cambio de residencia emprendiendo un viaje desde Madrid á Esquivias, con ánimo de reponer su salud; pero al poco tiempo regresó á la córte, ocurriéndole en esta corta peregrinacion el encuentro con el estudiante, cuyo diálogo constituye el prólogo del *Persiles*, y en donde se vé, que ni los años, ni las enfermedades pudieron cambiar su humor donoso y festivo, ni debilitar la inventiva y energía de su entendimiento. Ya en el último estremo de su vida, y recibida la extrema uncion, compuso la verdaderamente admirable y sublime dedicatoria al conde de Lemos, dejándola por monumento de su gratitud y nobleza de alma, bajo cuyó respecto y el de la dignidad en estilo epistolar, no tiene semejante en ninguna literatura. Cumplido esto en lo que tocaba á su obligacion para con las letras y su patrono, y hecho lo que como á esposo, padre y cristiano convenia, dió término su peregrinacion en esta vida, el sábado 23 de abril de dicho año de 1616. aun no cumplidos los sesenta y nueve de edad, siendo enterrado en el convento de las monjas trinitarias, segun su deseo espresado en su testamento, donde dejaba por albaceas á su esposa doña Catalina de Salazar, y al licenciado Francisco Nuñez, que habitaba en su misma casa, calle del Leon.

Muchos biógrafos y escritores lamentan que su funeral fuese pobre y oscuro, y que ninguna lápida ó inscripcion haya conservado la memoria del

lugar en que yace; mas como quiera que estos honores se han repartido siempre con suma desigualdad y las verdaderas exequias y honras de los hombres de valer, se tributan por la posteridad y acrecen con el trascurso del tiempo, no hay para qué lamentar semejante ausencia de testimonios. Más es de sentir, y las generaciones venideras no podrán menos de lanzar un severo cargo á sus albaceas, que estos no hubiesen recogido y procurado dar á la estampa las obras que en manuscrito dejó Cervantes, algunas de las cuales debieron estar poco menos que concluidas, como son segunda parte de la *Galatea*, el *Bernardo*, las *Semanas del jardin*, y la comedia *El engaño á los ojos*. Apenas puede imaginar el humano discurso, que la esposa de un escritor de tal valía mirase con indiferencia un caudal que en estimacion excede á todas las riquezas dejadas por un opulento, hasta el punto de no volverse á hablar ni saberse á donde fueron á parar estos tesoros, que tales debian ser, como obras escritas en la madurez del entendimiento de Cervantes, no vacilando yo en calificar esta pérdida, como la mayor desgracia que avino á nuestro escritor tan versado en desventuras. No podemos, sin embargo, acusar sin reserva en este punto á los que tomaron á cargo la corta hacienda de Cervantes, pues siendo tantos sus envidiosos y enemigos, posible es, que si doña *Catalina* ó *el Licenciado* las dieron á alguno que las

concluyese ó dispusiese para la estampa, ó á algun impresor para que las leyese con el objeto de comprarlas, interviniese la mala fé de algun malsin para hacerlas desaparecer ó destruirlas. Todo es posible y no han faltado ejemplares de estos crímenes tan imperdonables como impunes.

Esto es lo lamentable, y no el dejar de poseer sus cenizas, pues acomodando á su muerte las frases con que pinta la de su héroe, bien podemos decir: «Dió su espíritu á la humanidad, y el cuerpo á la tierra.» Y por esto, segun la bella espresion de Grilo,

«Mientras más se busca al muerto,
La tierra le esconde más.»

Dejemos en paz su cuerpo y gloriémonos con poseer su espíritu, cada dia más vivo, más glorioso, más triunfante, guiándonos con su ejemplo á esperar la luz tras las tinieblas en medio de las batallas contra el mal, el vicio y los errores.

FIN.

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID
22
Comunidad de Madrid

BIBLIOTECA DE MADRID

ÍNDICE.

PÁGS.

CAPITULO PRIMERO.

Patria y familia de Cervantes.—Profecías cumplidas.—Disputa entre Alcalá de Henares y Alcázar de San Juan.—Su infancia.—Su temprana lectura de libros de caballería.—Influjo de estos libros en su imaginacion.—Su encuentro y conocimiento con el representante Lope de Rueda. 1

CAPITULO II.

Estudio del maestro Hoyos.—Filena, supuesto poema de Cervantes.—Sus primeros ensayos literarios.—El cardenal Aquaviva.—Opiniones sobre la causa que movió á Cervantes á marchar á Italia.—El Saavedra del «Gallardo Español».—Consecuencias de un lance de honor.—Probabilidad de que huyese á Salamanca.—Don Diego de Valdivia.—Materiales para la biografía en «El Licenciado Vidriera».—Salida de Cervantes del servicio del cardenal. 17

CAPITULO III.

Estímulos á la gloria.—Sienta nuestro héroe plaza de soldado.—Batalla de Lepanto.—Relacion de esta jornada debida á su pluma.—Mencion que tuvo que hacer de sus servicios.—Estimacion y recompensas que mereció de don Juan de Austria.—Se embarca para la conquista do Tunez.—Reminiscencias de sus viajes.—Su regreso á España en la galera *Sol*.—Combate con los moros y cautiverio de los españoles vencidos. 41

CAPITULO IV.

Condicion mísera de los esclavos en Argel.—Cualidades extraordinarias de nuestro cautivo.—Su fuga á Orán.—Empeora su condicion.—Rescate de don Rodrigo y proyecto de evasion.—La cueva de Agi-morato.—Arribo de la fragata.—Es apresado por los moros.—Delacion del Dorador.—Resolucion de Cervantes en el peligro. 55

CAPITULO V.

Carta á Mateo Vazquez desde las prisiones de Argel.—Nuevo y frustrado intento de una fuga á Orán.—Renombre de Cervantes entre moros y cautivos.—Celos de Blanco de Paz.—Probable orígen de su malquerencia.—Nuevo proyecto de fuga.—Delacion de un renegado y del dominico.—Conducta heróica de Cervantes. 67

CAPITULO VI.

Indignacion contra Blanco de Paz.—Venganza que tomó.—Delacion secreta que hizo al Santo Oficio.—Planes de Cervantes para apoderarse de Argel.—Esfuerzos de su familia para rescatarle.—Consíguenlo al fin los Padres Redentores. . . . 81

CAPITULO VII

Informacion de testigos ante los Padres de la Merced.—Entretenimientos literarios de los cautivos.—Probables ocupaciones lucrativas de Cervantes.—Sus esperanzas é ilusiones. Primeros gérmenes del *Quijote*.—Su regreso á España. . . . 93

CAPITULO VIII.

Nuevas campañas militares.—Publicacion de la *Galatea*.—Elementos del amor Quijotesco.—Observaciones sobre la crítica de este poema. 107

CAPITULO IX.

Celebracion de su matrimonio en Esquivias.—Composiciones probables para el teatro en esta época.—Establécese en Se-

vina en 1588. Conjeturas sobre los motivos de este viaje.—Nuevo teatre de sucesos.—Conocimiento con Sancho ó reverso del Quijotismo. 119

CAPITULO X.

Primeras comisiones de Sevilla.—«Con la Iglesia hemos dado.» —Recuerdo de una excomunion en la aventura de los clérigos. 131

CAPITULO XI.

Estudio de Pacheco —Ateneo sevillano.—Retrato de Cervantes hallado en un cuadro del convento de la Merced. —Opiniones varias sobre su autenticidad. 137

CAPITULO XII.

Excursiones de Cervantes por Andalucía. —Estudios del natural. —Descripciones campestres. —Tipos pastoriles.—Tipos picarescos. —Probable visita á la almadraba de Zahara. . . . 147

CAPITULO XIII.

Entretenimientos literarios.—Contrato de seis comedias con el actor Osorio.—Restos del Documento.—Viaje de Cervantes á Madrid.—Pequeñas sátiras.—Soneto al túmulo de Felipe II. —Su prision en Sevilla. —Opiniones sobre su estado en la Mancha. 159

CAPITULO XIV.

El Quijote.—Opiniones sobre las causas y época de su generacion.—Elementos subjetivos ó personales.—Espíritu cervántico.—Probablemente fue escrito en Sevilla.—Cervantes y el duque de Lerma.—Dedicatoria del *Quijote*. 173

CAPITULO XV.

Escudo de la primera edicion. —Anécdota referente á ciertas sátiras del poema.—Opinion de Clemencin.—*El Buscapié.*—Increible acogida de este manifiesto-contrabando. 191

CAPITULO XVI.

Objeto del *Quijote*.—Maravillosa sencillez de sus elementos.—Interés suscitado en Europa por su lectura.—El alma del hidalgo.—Alteza del plan propuesto en el *Quijote*.—La locura y el buen sentido.—Elogios de extranjeros. 199

CAPITULO XVII.

Materiales y elementos de la crítica contenida en el *Quijote*.—Simbolismo de lo ideal y lo real.—Calidades espirituales y de carácter en los comentadores.—Sátira principal y sátira secundaria ó de telon.—Conciencia de esto en el autor.—Causas del mayor aprecio del *Quijote* con el trascurso del tiempo.—Genialidad de Cervantes.—Interpretacion de la aventura del cuerpo muerto.—Sentido anagógico. 211

CAPITULO XVIII.

Más sobre la dedicatoria del *Quijote*.—Supuestas alusiones en la aventura de los carneros.—Guerra sorda entre los literatos.—Lope y Cervantes en Sevilla.—*El Curioso Impertinente*.—Juicio de esta novela.—Soneto burlesco contra Lope de Vega.—Relacion de las fiestas en Madrid. 239

CAPITULO XIX.

Suceso de Ezpeleta é injusta prision de Cervantes.—Sus amores.—Doña Isabel.—Congeturas fundadas en pasajes autobiográficos.—Testos de Avellaneda y de Cervantes. 255

CAPITULO XX.

Nueva visita á Andalucía.—Conocimiento con Ruiz de Alarcon.—El *Quijote* en las altas regiones.—Regreso de Cervantes á Madrid. 269

CAPITULO XXI.

Las novelas ejemplares.—Observaciones sobre esta coleccion.—El conde de Lemos.—Los Argensolas.—Conducta de Cervantes.—Opinion de célebres escritores 277

CAPITULO XXII.

Variedad de juicios en los críticos.—Paralelo entre el *Curioso Impertinente* y *Rinconete y Cortadillo*.—El argumento del *Curioso*. 289

CAPITULO XXIII.

El Licenciado Vidriera.—La Gitanilla.—La Española Inglesa. 299

CAPITULO XXIV.

El falso Quijote ó Quijano el *Malo*.—Maniobras puestas en juego.—El Sancho de Avellaneda y el de Cervantes.—Indicios del nombre del autor oculto.—*Viaje del Parnaso*.—Capacidad crítica del autor del *Quijote*.—El poeta Roncesvalles.—Comedias y entremeses. 307

CAPITULO XXV.

Segunda parte del *Quijote*.—El bachiller Sanson Carrasco.—Juicio sobre la continuacion de la fábula, ó tercera salida de Don Quijote.—El *Persiles*.—Obras perdidas de Cervantes. . . 323

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

En la página 235, donde dice «Hartzenbusch,» debe leerse «Clemencin.»

1049389

120164 7 104566 1